

VIVIR PARA MATAR

BURTON HARE





SS SERVICIO SECRETO

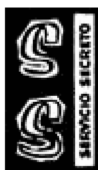




BURTON HARE

VIVIR PARA MATAR

SERVICIO SECRETO n.º 903
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal, B 28.997-1967
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
888. — Cuando todo termine.
898. — El comité del crimen.
En Colección PUNTO ROJO:
234. — La noche negra.
288. — Con la muerte a cuestas.
291. — El caso de los crímenes incomprensibles.
En Colección ALTO SECRETO:
6. — El FBI al acecho.
En Colección ARCHIVO SECRETO:
147. — Se necesita un cadáver.
155. — Destino: el infierno.
164. — Un crimen tras otro.
En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
268. — Tres criminales para un crimen.

1

DETUVE el coche ante la verja, cuyo portón estaba abierto de par en par, como si estuvieran esperándome con mucho interés. Más allá del portón se extendía un extenso prado cubierto de césped y árboles centenarios. Era una residencia para millonarios, ocupada por millonarios, y venía siendo así desde tiempos remotos.

Sus actuales propietarios, los Baron, estaban tasados en un buen centenar de millones, representados por poderosas empresas de acero, navegación y otras minucias semejantes.

Yo buscaba a *mistress* Baron.

Metí el coche por el sendero de grava. De repente surgió el edificio detrás de una barrera de robles. Un aire cálido soplaba desde la bahía, haciendo honor a la fama de Long Island.

Detuve mi pequeño dos plazas en la explanada que había frente al porche sostenido por columnas de mármol. No apareció nadie. Estuve tentado de pulsar el claxon, pero calculé que eso no sería de buen tono en un lugar como aquel.

La puerta comprobé que estaba cerrada. Había un llamador y tiré de él, pero nada sucedió. Impaciente, anduve a lo largo del porche, doblé la esquina y contemplé el mar a poca distancia.

La parte posterior de la finca descendía en suave declive hasta una playa privada. Había un embarcadero, y amarradas a él dos canoas de rutilantes cromados y aspecto potente y rápido.

También había un parasol multicolor, una mesita muy baja, y sobre esta, unas botellas, un cubo con hielo y vasos.

Calculé que bajo el parasol habría alguien, de modo que me acerqué pisando el césped. Mis pisadas no produjeron ningún ruido.

Así pude sorprenderla.

Era una mujer de unos veintiocho años. Sus cabellos eran rubios y los llevaba largos y sueltos, de modo que acariciaban sus hombros

desnudos. Era muy hermosa, y sus ojos azules adornaban un rostro de óvalo perfecto, en el que resaltaban sus labios ligeramente pintados.

Exhibía un cuerpo suavemente redondeado, largo y flexible. Cada curva parecía haber sido moldeada con la justa medida, sin un milímetro más de la cuenta. Esto podía apreciarse con todo detalle debido a que solo se cubría, por decirlo de alguna manera, con un leve pañuelo floreado sobre los senos y un triángulo de la misma tela como taparrabos.

Sus ojos se encontraron con los míos y dio un ligero respingo. Instintivamente, examinó sus dos piezas de tela para asegurarse que estaban en su lugar. Luego sonrió.

—Mi nombre es Bill Ross —dije—. Alguien de aquí me ha pedido que viniera.

Su sonrisa se hizo más íntima.

—He sido yo, por supuesto, aunque cuando le he telefoneado no le conocía.

—¿Alguien le habló de mí?

—El periódico. Hace dos días.

—Comprendo. Eso resulta una publicidad gratuita, pero a veces es molesta.

Volví a recorrerla con la mirada. Su piel estaba tostada por el sol y tenía el color del oro viejo. Los bordes de sus dos pequeñas piezas de tela eran igualmente tostados. Me pregunté si todo su cuerpo tendría el mismo color y dónde y cómo lo conseguiría. Sería digno de verse.

—Necesito que haga un trabajo para mí —susurró—. Un trabajo muy confidencial, ¿entiende?

—No.

—¡Oh! Está bien, siéntese y tome un trago. Me molesta verle aquí, erguido y teniendo que mirar hacia arriba. Oiga, es usted muy alto, ¿no?

—¿Importa eso? No creo que espere contratarme a tanto el palmo.

Se echó a reír. Como no había otro asiento me dejé caer sobre el césped, a su lado, y agarré un vaso como si fuera una tabla de salvación.

Movió sus largas piernas, cruzándolas. Aquello era un atentado a

mi presión arterial, pero no me quedó más solución que soportarlo. Su tobillo derecho se balanceaba suavemente a unas pocas pulgadas de mi nariz.

Ella se encargó de verter una dosis de elefante en mi vaso. Después, y quizá para disimular ese intento de envenenamiento, le añadió tres dados de hielo y no mencionó para nada el agua ni la soda.

Afortunadamente, era un whisky digno de los Baron, de manera que lo saboreé a placer, encendí un cigarrillo y levanté la cabeza para ver si ya estaba dispuesta a hablar.

Tropecé con sus brillantes ojos fijos en mí. Era una mirada especulativa, calculadora. Igual podía estar valorándome, como calculando mi edad por medio de la dentadura.

—¿De qué se trata? —indagué finalmente.

—Usted me gusta…

—No creo que me haga venir hasta aquí solo porque le gusto.

—No me ha dejado terminar. Usted me gusta porque no desperdicia palabras. Es un hombre de acción, ¿no?

—Seguro.

—Y hay muchas clases de acción, míster Ross.

—Sí, ya sé algo de eso.

Sin transición añadió:

—Se trata de mi esposo. Está intentando reunir evidencias para pedir la separación con todo a su favor, de modo que no tenga que pasarme ninguna «pensión por alimentos» ni indemnización de clase alguna.

—Ya veo.

—No estoy dispuesta a permitir que me aparte de su lado así, sin más ni más. Posee millones y millones. Me iré, pero cuando pueda llevarme un puñado de ese dinero. Por otra parte, míster Ross, Dios sabe que me lo he ganado.

—No pienso discutirle eso, *mistress* Baron —aseguré—. La cuestión está planteada en otros términos más sencillos para mí.

—Expóngalos. ¿Tal vez se refiere a sus honorarios?

—En absoluto. El asunto se reduce a si existen realmente esas evidencias que míster Baron está buscando, las evidencias contra usted quiero decir.

Ella dejó que sus ojos descendieran y recorrieron lentamente mi

cara levantada hacia ella. Sonrió, y cada vez que lo hacía su sonrisa era más íntima.

—Opino que entre el cliente y el detective privado no deben existir secretos —dijo graciosamente—, lo mismo que no debe haberlos entre paciente y doctor… Sí, míster Ross; esas pruebas existen.

—¿Contra usted?

—Efectivamente.

Aquella dama estaba interesándome cada vez más,

—Entonces, no veo qué puedo hacer por usted, si por adelantado reconoce que su esposo puede encontrar pruebas suficientes con que pedir la separación legal, sin necesidad de indemnizarla en ninguna forma.

—Bien, si vamos a eso yo también puedo descubrir pruebas contra él. Ese es el motivo de que le haya llamado a usted.

—Ahora empiezo a verlo… Pero si sabe realmente algo sobre mí debe saber a estas alturas que nunca me ocupo de asuntos de divorcio. No son mi especialidad, por decirlo de alguna manera.

—He leído todo lo que los periódicos han publicado sobre sus andanzas, míster Ross. También he escuchado lo que se habla respecto a usted en los círculos en que me desenvuelvo.

—Entonces…

—He sacado la conclusión de que le gusta mucho ganar buen dinero.

Enarqué las cejas. Decir que la dama me interesaba es quedarme corto. En realidad, me subyugaba.

—Eso es algo que le gusta a todo el mundo —repliqué.

—En efecto; pero a usted en particular. Por ejemplo: sé que su tarifa normal es de cincuenta dólares al día, más gastos; acostumbra cobrar un anticipo de doscientos dólares…

—Sus informes son correctos.

—Bien, yo le pagaré un anticipo de quinientos, cien al día más gastes… y cinco mil cuando termine, si su trabajo ha sido satisfactorio.

—Esos argumentos hacen que mis normas se tambaleen. ¿Por qué todo ese dinero? Hay docenas de investigadores en Nueva York que harían ese trabajo por una décima parte.

—Esos detectives no se llaman Bill Ross. Usted tiene fama de no

abandonar jamás a sus clientes, aparte de no descubrirlos bajo ninguna circunstancia.

—¿Y eso es tan importante en un caso como el presente?

—Para mí sí. ¿Le interesan estas condiciones o no?

—Me interesan, qué duda cabe…

—Entonces, creo que podemos hablar de los detalles. Usted podrá sorprender a mi esposo con facilidad, estoy segura. A decir verdad, no se recata mucho cuando acude a sus citas.

—De modo que es así de fácil…

—Justamente.

No me gustó la cosa. Tal vez fue una especie de corazonada, y ahora sé que debí haber hecho caso a esa primera impresión mandándolo todo al demonio y largándome de aquella casa cuando todavía estaba a tiempo.

Pero el señuelo del dinero me retuvo. Esto fue un error.

—Está bien —me resigné—. Cuéntemelo todo. Cuantos más detalles conozca más fácil será mi trabajo y menos tiempo invertiré en realizarlo.

—No voy a hablarle de las circunstancias de mi matrimonio con Edward… ni de cómo vivimos en la actualidad, como dos extraños. Hace meses que todo afecto terminó entre nosotros.

—¿Ha estado casada anteriormente?

—Yo no, pero sí él. Se casó conmigo poco tiempo después de enviudar. Su primera esposa murió en un accidente de auto.

—Dejemos eso. ¿Qué es lo que usted sabe de sus citas, según sus propias palabras?

—Acostumbra salir algunas noches, pero solo una vez a la semana regresa muy tarde. Ha habido ocasiones que amanecía cuando ha vuelto a casa. No creo que asista a reuniones de negocios a semejantes horas —terminó con mordaz sarcasmo.

—¿Sospecha usted el lugar donde se efectúan esos encuentros, suponiendo que lo sean?

—No tengo la menor idea. Una vez intenté seguirle, pero se dio cuenta y me despistó. Después, cuando volvió, organizó una escena de sainete… y estuvo a punto de golpearme.

—Ya veo. ¿Dónde está ahora?

—En sus oficinas del centro.

—¿No hay nadie en toda la casa?

—No; es el día libre de los sirvientes. Por eso le he hecho venir hoy.

—Está bien, eso elimina riesgos. Ahora dígame; ¿cuándo podré comenzar a seguirlo? Es preciso que sepa quién es y qué coche conduce, y la mejor manera de lograrlo es pegándome a él cuando salga de aquí.

—Su coche es un «Lincoln» gris plomo, «Continental». Mire, hace días que no sale de noche, por lo tanto es casi seguro que lo hará hoy o mañana. No tendrá usted dificultad cuando lo vea salir de aquí al volante de su coche. Es muy llamativo.

—*Okay*, veré qué puedo hacer, aunque si reconoce que él puede obtener fácilmente pruebas contra usted, lo que yo haga de poco va a servirle. ¿Se da cuenta?

—Podré iniciar una contrademanda, y tendré grandes probabilidades de ganar.

—Lo tiene todo pensado, ¿no es así?

—Hasta con el más mínimo detalle. Y en cuanto al anticipo…

Levantó un pequeño bolso de lona que reposaba sobre el césped, lo abrió y extrajo un fajo de billetes de cinco dólares.

—Quinientos justos —anunció.

Los tomé, guardándolos en el bolsillo.

—Estaba usted muy segura de que yo aceptaría, ¿no es cierto?

—Sin la menor duda. Si ese dinero no hubiese sido suficiente… Bien, pensaba emplear otros argumentos hasta convencerle.

—Si es así, opino que he aceptado demasiado pronto.

Se echó a reír. Apocé el resto del whisky. El hielo se había derretido entre tanto. Aunque no hubiera habido sol, ella era suficiente para conseguir el mismo resultado.

—Es usted un hombre de acción —dijo—, no un hombre de negocios. ¿Cuándo volveré a verle?

Lo dijo como si estuviera deseando verme a todas horas. Traté de imaginar qué «argumentos» había pensado emplear, pero lo dejé correr cuando mi mente se perdió por senderos poco claros.

Me levanté de un salto. Ella medio se incorporó en su tumbona y siguió con sus pupilas fijas en mí con insistencia.

—No lo sé —dije—. No creo que sea prudente que nos entrevistemos de nuevo usted y yo. La informaré por teléfono.

—De acuerdo. En todo caso, acudiré a su despacho si tardo

demasiado a saber de usted. Por otra parte, su compañía no me disgusta.

—Opino que si tiene interés en ganar ese lío del divorcio, será preferible que durante una temporada no exprese sus gustos con tanta sinceridad. ¿Comprende?

—Sí, claro que le comprendo. Y se me antoja usted un puritano cuando adopta ese tono doctrinal… que por otra parte no le va.

Traté de reír, pero no supe cómo hacerlo. Ella se levantó. Era alta y su cuerpo cimbreaba tentadoramente. Estuvo unos segundos inmóvil frente a mí, aspiró aire profundamente y el pañuelo floreado que rodeaba su busto se tensó de modo inverosímil. Esperé que estallara, pero el maldito resistió la prueba mucho mejor que yo.

—Adiós, míster Ross —susurró—. Volveremos a vernos… pronto.

—Sí… Supongo que sí.

Alargó la mano, pero no para estrechar la mía. Las puntas de sus dedos rozaron mi mejilla, mientras seguía sonriendo… Sentí como si acabara de aplicarme un electrodo en la cara. Me estremecí. Ella estaba jugando conmigo al juego más viejo del mundo.

—Tal como le he dicho antes —runruneó, retirando los dedos de mi rostro—, usted me gusta, Bill.

—Sí, porque no desperdicio palabras. Lo recuerdo,

—Y por otros motivos, Bill.

Di media vuelta y me largué. Un poco más y ella hubiera conseguido convertirme a mí mismo en prueba de divorcio…

2

APENAS llevaba recorrido un cuarto de milla en mi camino de regreso a Manhattan cuando advertí que me seguían. Hice un par de pruebas cambiando de ruta, pero el «Chevrolet» azul oscuro siguió pegado a mi cola, manteniendo siempre la misma distancia.

Hubiera podido dejarlo atrás con facilidad, puesto que mi «Facel-Vega» era infinitamente más rápido que el «Chevrolet», y mucho más manejable, pero pensé que me convenía averiguar quién sentía semejante interés por mis andanzas.

Así que continué corriendo a la misma velocidad. Solo se me acercó al llegar al puente Queens, pero el brillo de su cristal me impidió distinguir la cara del conductor.

Tomé nota mental de su número de matrícula y seguí rumbo a mi despacho. Luego cambié de idea y detuve el coche cerca de un bar, donde entré solo para ver si se atrevía a seguirme también a pie.

No lo hizo, cuando volví al estacionamiento, el «Chevrolet» había desaparecido. Comencé a preocuparme.

En mi oficina no había ninguna novedad. Pasé toda la tarde pensando y haciendo apuestas conmigo mismo sobre el resultado de la excursión de la noche. Luego salí a cenar, y anochecía cuando me aposté en las cercanías de la residencia de los Baron.

Durante las dos primeras horas no sucedió nada. Después de ese tiempo vi relampaguear unos faros dentro del jardín. Apreté el arranque de mi «Facel-Vega» y el motor runruneó suavemente.

Vi aparecer el aparatoso «Lincoln» gris plomo. Era un verdadero acorazado de lujo.

Zumbó al ganar velocidad, y sus grandes luces de cola me sirvieron de faro para permitirle ganar una buena delantera.

No resultó difícil seguirlo. Uno tras otro atravesamos todo Long

Island y de repente aparecieron las luces de Babylon, pero no entramos a la población, sino que poco antes de llegar a los suburbios mi perseguido torció por una carretera lateral bordeada de campos y pequeños bosquecillos.

Comprendí adonde se dirigía cuando vi el anuncio del parador. Hasta en eso habían tenido poca imaginación.

El «Lincoln» se detuvo sin penetrar en la explanada donde había otros coches estacionados. Edward Baron descendió del auto y se dirigió resueltamente hacia los bungalows de alquiler, sin pasar por la administración,

Apagué el motor y las luces y lo seguí. La cabaña en cuya puerta dio unos golpes era de las más pequeñas, pero también resultaba ser la más aislada e independiente.

Me deslicé en la oscuridad, de manera que cuando la puerta se abrió y él entró dentro, cerrándola, pude tener una fugaz visión de la mujer que había acudido a la llamada.

Era morena, de estatura más que mediana y esbelta, con una silueta que no tenía nada que envidiar a la de *mistress* Baron. No pude captar más detalles en aquel primer vistazo.

Comencé a pensar que algo no olía bien precisamente en aquel asunto. Bien, ya sé que todo caso de divorcio, para un detective privado, huele que apesta, pero ese en particular tenía sus facetas originales que me intrigaban. Quizá no fuera un divorcio lo que estuviera cociéndose.

Avancé hasta la cabaña. Había una ventana iluminada, pero estaba velada por una cortina rústica. No pude ver el interior.

Seguí explorando alrededor de la construcción. En la fachada posterior había otra ventana cerrada y a oscuras, y una puerta igualmente cerrada por dentro. No había ni un mal resquicio por donde meter la nariz.

Regresé a la parte delantera y pegué el oído a la puerta. Escuché un leve rumor de voces, incomprensibles. Pero no sonaban como las de una pareja de amantes. Eran desapasionadas a juzgar por la entonación. Cualquiera hubiera podido pensar que estaban hablando de negocios.

Esperé en la oscuridad, más cerca de la puerta que la primera vez que se abriera. Así perdí casi una hora. Entonces, y cuando menos lo esperaba, Edward Baron apareció y un raudal de luz se

desparramó al exterior.

Pude ver con más detalle a la dama. Casi me dejó sin respiración. Era de una perfección anatómica tal que al verla uno se preguntaba si no estaría siendo víctima de un espejismo. Tenía unas piernas largas y de suave moldeado, unas caderas como deben ser y una cintura de increíble brevedad.

Su busto era altivo y proyectaba hacia adelante la tela de la fina blusa que vestía. Pero donde me quedé absorto fue al contemplar aquel rostro de rara perfección. Me dije que incluso era demasiado bello para ser real, y no producto de una legión de expertos en belleza femenina.

Se despidieron sin siquiera estrecharse la mano. Mucho menos con un beso, como cabía esperar tratándose de lo que se trataba. Por descontado, yo no hubiera dejado sola a aquella muñeca, y en caso de tener que separarme de ella la despedida habría sido digna de figurar en una antología del amor.

Míster Baron se dirigió a su coche, lo puso en marcha y se largó.

Bien, le dejé que se fuera y continué apostado en la oscuridad. Mi interés había cambiado de sujeto.

Ella tardó poco más de quince minutos en salir. Anduvo confiadamente hacia el estacionamiento, abrió un «Cadillac» con la llave y empezó a maniobrar para apartarlo de la fila.

Rápidamente, salí a la carretera, y acababa de saltar dentro de mi descapotable cuando el «Cadillac» apareció, ganó velocidad y enfiló el camino como si de repente le hubieran entrado grandes prisas.

Le dejé que tomara una buena delantera. Mi pequeño coche mantenía fácilmente la distancia, y seguí manteniéndola durante todo el recorrido hasta Manhattan. Fue un buen trayecto, realizado sin parada intermedia alguna, excepto al entrar en el puente para abonar el peaje.

Ella llevó su auto hasta las inmediaciones de uno de esos establecimientos que no cierran en toda la noche, pegado al distrito teatral. El bar no estaba muy concurrido, pero la entrada de la hermosa muchacha provocó un gran movimiento de cabezas, girando todas en la misma dirección.

Fue a sentarse a una mesa del fondo. Esperé a que el camarero le hubiera servido para entrar a mi vez y encaminarme al mostrador,

donde pedí un whisky.

Ella contemplaba la superficie de la mesa como si estuviera sumida en profundas meditaciones, pero consultaba su reloj con mucha frecuencia.

Dejé pasar unos minutos, apuré el whisky, tiré unas monedas sobre la barra y atravesé el local sin prisas.

La joven levantó la cabeza cuando me detuve ante la mesa. Vista de cerca, toda la belleza que yo había creído ver en la cabaña quedaba relegada al olvido, porque era mucho más seductora de lo supuesto.

Sus ojos eran verdes y cambiantes. Tenían el brillo y la profundidad de un lago de las montañas. Solo que al fijarlos en mí no demostraron ni un asomo de interés.

—Estoy esperando a un amigo —dijo entre dientes—. No necesito que usted distraiga mi soledad, así que…

—Ningún tipo con sentido común la dejaría a usted sola tanto tiempo. ¿Qué tal si acepta usted un trago?

—Sí. ¿Qué tal si se va usted al infierno?

—Nena, no debe expresarse así o asustará a sus admiradores. ¿No es ya muy tarde para que siga esperándole?

Hizo un gesto de irritación. ¡Qué adorable era!

—Déjeme en paz. Mi amigo tiene un genio violento, ¿entiende? Provoca una disputa por menos de un centavo… ¡Por favor!

—¿Intenta asustarme?

No pudo contener un gesto de irritación. Miró a nuestro alrededor, como para asegurarse de que los demás parroquianos no nos prestaban atención. Después, sus hermosos ojos volvieron a fijarse en mí.

—Mire, otras veces he tropezado con tipos como usted, altos, fuertes y de aspecto rudo; consideran una obligación acercarse a las chicas y contarles lo estupendos que son como acompañantes. Esa historia la sé de memoria, así que eso le deja a usted sin tema de conversación. Déjeme en paz y todo irá bien.

—No me diga que ha discurrido todo este discurso solo para alejarme. ¿Qué toma?

Comenzó a enfadarse de veras. Su mirada relampagueó y el verde de sus pupilas entró en ebullición.

—Solo trato de evitar conflictos. Si mi amigo le sorprende

molestándome le hará daño y a mí me colocará en una situación violenta y desagradable…

—Los tipos posesivos son mi especialidad. Verá como lo arreglo. ¿Cuál es su nombre?

La pillé desprevenida y exclamó:

—Sally, pero… ¡Oh, bien, no me fastidie más!

—Solo trato de ser amable. Usted está sola y yo también, ¿no es así?

Se encogió de hombros, cada vez más furiosa. Le faltaba poco para enfurecerse del todo, que a fin de cuentas era lo que yo quería para obligarla a cometer un desliz, pero las cosas se torcieron de una manera tan inesperada que ni siquiera me dejó tiempo de reaccionar.

Una voz nasal exclamó detrás de mí:

—¿Quién demonios es ese, nena?

Ella casi se levantó de un salto. Me volví, solo para tropezar con una montaña de músculos impresionante, coronada por una cabeza pequeña de rostro maltratado, en la que la nariz apenas sobresalía del resto de las facciones.

La muchacha trató de explicar:

—¡Oh, hola, Tucci! Él solo trataba de entablar conversación, ¿entiendes?

—¿Conversación? Estaba inclinado sobre la mesa, comiéndote con los ojos.

—¿Cómo lo sabe? Estaba de espaldas a usted, amigo —dije—. No ha podido ver a donde miraba.

—Además, chistoso…

—Pero ¿qué demonios es eso? No me diga que ella le pertenece toda entera…

Eso fue un error por mi parte, porque yo había supuesto que el gigantón estaba dispuesto a discutir. En realidad, comprendí demasiado tarde que su manera de discutir era más bien gráfica.

Me soltó un trallazo de abajo arriba, sin previo aviso, sin mover más que el brazo derecho.

Sentí como si me arrancasen la cabeza de cuajo. Creo que mis pies perdieron todo contacto con el suelo y aterricé al otro lado del local.

Confusamente escuché voces excitadas, arrastrar de sillas y

algún vaso estrellándose contra el suelo. Un velo sucio se había extendido ante mi mirada, y cuando se aclaró lo suficiente distinguí las sucias baldosas a pocas pulgadas de mi cara. Estaba caído de bruces, apoyado en las manos y balanceando la cabeza de un lado a otro como un boxeador al borde del K.O.

Al mirar a mi alrededor descubrí que el orangután irascible y la bella muchacha habían desaparecido. Me levanté, apoyándome en una silla. La mandíbula me dolía y la acaricié como si fuera de frágil cristal. No cabía duda que el fulano era un exboxeador del peso máximo.

El mozo se me acercó, examinándome con ojo crítico.

—¿Se encuentra bien, amigo?

—Bueno, creo que no estoy muerto todavía. ¿Dónde está esa bestia?

—Se ha largado con la chica. Ella no parecía muy satisfecha, si eso le sirve de consuelo.

—¿Consuelo? Me consolaré cuando pueda aplastarle la cara al matón…

—Yo en su lugar no lo intentaría. Ese fulano pega como un martillo pilón.

—Dígamelo a mí.

—Oiga, él ha dicho que usted pagaría la bebida de la chica.

—¿Y usted lo ha creído?

—Claro… —masculló sin convicción.

—Bien, usted no tiene ninguna culpa. El estúpido he sido yo.

Pagué y volví a la calle. Había ganado un buen tortazo. Lo cargaría en mi cuenta de saldos pendientes.

3

FUE una gestión de resultado inmediato. El sargento enarcó las cejas y gruñó:

—¿Ese Tucci de que hablas, es el responsable de ese cardenal que tienes en el mentón?

—Justamente.

—¿Y quieres devolverle la caricia?

—Esa es la idea general, solo que le añadiré algo de mi parte.

Sacudió la cabeza con evidente lástima.

—Creo que no debería complacerte, Bill. Te ahorraría una paliza…

—Deja que yo me preocupe de mi físico, ¿quieres? Como sargento de la «Brigada del Vicio» conoces a toda esa morralla. Tengo la corazonada de que mi pequeñín entra dentro de tus funciones, así que, si le conoces, dime dónde puedo encontrarlo.

—Si es el individuo que imagino, trabaja para Lou Blackie. Ya sabes, mantiene el orden en su cabaret de la costa. Quizá anoche estaba trabajando por su cuenta…

—Seguro. Era su noche libre. De modo que para Blackie… Yo tengo cierta relación con este.

—Algo oí hace algún tiempo.

—Iré a verle.

—Suerte.

Le miré recto a la cara.

—¿Qué estás pensando, George? No me gusta tu tono.

—Pienso que lo que oí al respecto era que Blackie estaba molesto contigo, de modo que si ahora vas a crearle más dificultades a causa de su angelito, posiblemente no te recibirá con los brazos abiertos.

—Poca gente me recibe cordialmente en mi profesión, de todos

modos creo que Blackie hará una excepción esta vez.

—No es que me preocupe mucho, ya sabes.

—¿Es que te preocupas alguna vez por nada? Y ahora que se me ocurre, puedes hacerme otro favor antes que me vaya…

—Por lo visto hoy es tu día. Dispara.

—Tengo la matrícula de un coche. Es un «Chevrolet» modelo actual, de la ciudad, 17-X-521. ¿Cuánto tiempo te llevaría averiguar a quién pertenece?

Suspiró ruidosamente.

—Espero que algún día me des algo a cambio de todo lo que hago por ti —gruñó, mientras descolgaba el teléfono.

—¿Todavía quieres más? Pago mis impuestos sin rechistar…

—¿Quién, tú? No me digas… ¡Eh, Terry! Necesito averiguar la identidad del propietario de un auto…

Repitió la matrícula y colgó.

—Diez minutos, si no se trata de una placa falsa —dijo—. ¿En qué estás metido ahora?

—Pura rutina.

—La última vez que te ocupaste de un asunto de rutina aparecieron dos cadáveres, y un prominente ciudadano se desgañitó pidiendo tu cabeza… A propósito, la dama de ese ciudadano desapareció de la ciudad al mismo tiempo que tú. Imagino que ya habrá vuelto…

—Seguro. Le di buenos consejos al respecto.

Hizo un ruido extraño con la garganta, algo semejante a un rugido sordo. Luego ocultó una sonrisa y se repantigó en su sillón.

El teléfono dio señales de vida quince minutos más tarde, cuando ya empezaba a cansarme de sostener una esgrima verbal con el policía.

Este escuchó brevemente, dio las gracias y colgó mirándome con una expresión indefinible en su rostro de querubín demasiado crecido.

—¿Piensas eliminar la competencia acaso?

—¿A qué viene eso?

—El auto pertenece a un tal Fletcher Holding… detective privado.

Quedé rígido. Era algo que me pillaba desprendido

—De modo que Holding —mascullé al fin…

—¿Le conoces?

—Superficialmente. Pero sé muchas cosas de él. Es un tipo marrullero, sucio y retorcido que pesca los incautos desde una oficina montada por todo lo grande… Pura fachada, porque es capaz de traicionar a su propia madre si alguien le paga para ello.

—¿Y qué está haciendo metido en tu caso?

—¿Quién te ha dicho que tengo un caso? Ya nos veremos, George.

—¡Eh, espera un minuto…! ¿Qué pasa con Holding?

—Todo lo que sé es que estuvo siguiéndome, pero pienso averiguar más cosas muy pronto. Cuídate, amigo…

Desconcertado, dejé la Jefatura y saqué el coche del estacionamiento, muy preocupado por lo que el espionaje de Holding pudiera significar.

Me encerré en mi oficina para reflexionar en paz. Sabía que Holding era uno de esos individuos que desacreditan la profesión y vuelcan sobre nosotros las iras de los periódicos, cada vez que se descubre uno de esos sucios chanchullos denigrantes, en los tribunales de divorcio y cosas así. No podía explicarme el hecho de que anduviera pisándome los talones.

A menos…

Seguro, a menos que estuviera trabajando para Edward Baron, el marido de mi clienta. Baron andaba a la caza de evidencias contra su esposa… Y si era Holding el encargado de hallarlas, las sacaría aunque fuera fabricándolas exprofeso para la ocasión.

Descolgué el teléfono y tras consultar el número en la guía comuniqué con la oficina del marrullero investigador.

Escuché una voz dulce, tan almibarada que resultaba pegajosa, preguntando quién llamaba.

—Quiero hablar con Holding —le espeté—. Ahora.

—Lo lamento…

—¡He dicho que quiero hablar con esa rata! —insistí—. Dígale que es preferible que hable conmigo que con la policía.

La pegajosa secretaria dejó escapar un suspiro. No se alteró, por lo cual calculé que ya estaba acostumbrada a esos estallidos dirigidos a su jefe.

—Lo lamento mucho —repitió—. Míster Holding no está en la oficina… Realmente, no sé cuándo regresará Si me da usted su

nombre y número de teléfono, me encargaré de que él le llame tan pronto aparezca por aquí.

—Dudo mucho que lo hiciera —refunfuñé.

Colgué. Ya lo pescaría en otra ocasión…

«The Corsair» era un cabaret establecido a diez o doce millas al sur de Elizabeth, en la costa del Estado de New Jersey. Había sido montado con esplendidez y sus espectáculos frívolos gozaban de justa fama. Además de los espectáculos frívolos había algunas otras cosas más emocionantes que las mujeres semidesnudas, las «danzas de abanicos» y otras especialidades igualmente subyugantes.

Lou Blackie había sabido estacionarse justo en el fiel de la balanza, en un difícil equilibrio que le permitía respirar a sus anchas a pesar de que sus sótanos con aire acondicionado y distintas salidas, muy bien decorados también, contenían tres mesas de ruleta, otras de *chemin de fer*, dados y alguna que otra especialidad más esporádica

Tal como el sargento había dicho, Blackie no tenía motivos para estarme agradecido, pero sí poseía el sentido común suficiente para soportarme y no provocar nada que pudiera ponerme demasiado furioso.

Quizá por eso el mozo al que expresé mi deseo de verle regresó al instante luciendo una gran sonrisa de bienvenida.

—Míster Blackie estará encantado de recibirle en su despacho. Por aquí, por favor.

Puse en cuarentena que el tahúr se sintiera «encantado» de recibirme. Pero por lo menos comprobé que su sonrisa no era solo una mueca.

—Siéntese, Ross —exclamó, desde el otro lado de su imponente mesa escritorio—. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de usted.

—Le apuesto que no me olvidó, Lou.

Hizo una mueca

—Eso resulta difícil, pero confío en lograrlo con el tiempo. ¿Qué le ha traído aquí esta noche?

—Su mono amaestrado.

—¿Mi qué?

—Ese gorila que mantiene usted fuera de la jaula: Tucci.

—Caray, Tucci se pondría furioso si oyera estas cosas… ¿Qué tiene contra él, Ross?

Señalé el cardenal de mi barbilla.

—Esto —dije.

Se inclinó hacia adelante. Un ramalazo de hielo afloró a su mirada, pero se fundió al instante.

—¿Tucci le pegó?

—Ni más ni menos.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Cuándo fue eso, Ross?

—Anoche.

—Lamentable… No creo que Tucci me pidiera la noche libre solo para golpearle a usted. Ni siquiera se conocían… ¿O me equivoco?

—¿Quiere decir que anoche estaba libre, que no trabajaba para usted?

—En absoluto. Estuvo libre desde las siete de la tarde.

Le miré especulativamente. Igual podía estar diciéndome la verdad como mintiendo, porque su aplomo era perfecto y yo le conocía bien.

—Me parece curioso que se haya apresurado usted a revelarme eso, Lou. Cualquiera creería que tiene sumo interés en demostrar que está al margen del asunto por el cual me sacudió ese gorila.

—Incuestionablemente, Ross, estoy al margen. ¿Por qué fue la pelea?

—No hubo pela. Me cazó con un tortazo sin previo aviso. A propósito, ¿conoce usted a una chica llamada Sally?

—Tal vez… Suelen venir muchas mujeres por aquí. Pero en todo caso no es nadie a quien pueda identificar solo por el nombre. ¿Estaba con usted anoche?

—Sí.

—Quizá sea la chica de Tucci, ¿no cree?

Le miré recto a los ojos, pero ni siquiera parpadeó.

—Tucci no tendrá una chica semejante en su vida, ni pagando su peso en oro. No es más que una bestia y ella era un cromo.

—Las hay que les gustan del tipo de Tucci —rio—. Ya sabe, la fábula de la bella y la bestia…

—No haga chistes, Lou. ¿Dónde está Tucci esta noche?

—No lo sé. Debe andar por ahí… Oiga, Ross; no pretenderá armar camorra en mi establecimiento, ¿verdad?

—Eso dependerá de Tucci.

Arrugó el entrecejo. Ya no había ni sombra de amabilidad en él.

—No me gusta eso, Ross…

—Llámelo entonces. Haga que venga aquí.

Dudó unos segundos, mirándome con ojos furiosos.

—Hábleme de esa chica primero —gruñó—. Sally… ¿No sabe su apellido?

—No. Pero estaba esperando a Tucci en un bar cuando me acerqué a ella. Después de golpearme se marcharon juntos.

—Ya veo… ¿Se acercó usted a ella simplemente porque le gustaba la muchacha, o estaba usted «trabajando»?

—¿Cambiaría la cosa si estaba «trabajando»?

—Tal vez.

—Estaba investigando un asunto que me encargaron. Ella se relacionaba con el asunto de alguna forma poco clara. Es cuanto estoy dispuesto a revelarle, Lou. Y ahora, llame a su perro guardián.

Despacio, alargó la mano hacia el teléfono.

—Sí, ahora creo que lo haré —refunfuñó.

Habló brevemente con el encargado del bar ordenándole buscar a Tucci. Luego colgó y se quedó mirándome con el ceño fruncido.

—Me disgusta que mis empleados se metan en líos, usted sabe…

—Tucci no es exactamente un empleado suyo, Lou —dije con sorna.

—Está en mi nómina, por lo tanto es un empleado.

Sonaron unos golpes en la puerta. Blackie gritó que entrara, y Tucci lo hizo, bamboleando su gran cuerpo de boxeador, duro y torpote.

—¿Quería verme, patrón? —gorgoteó, avanzando.

No me descubrió en la butaca hasta que estuvo junto a la mesa. Entonces se estremeció y sus ojos porcinos dijeron a las claras que me había reconocido.

—Hola, Tucci —dije—. Quizá quieras repetir la faena de anoche.

Apurado, miró a su jefe y balbució:

—No sé qué quiere decir… No le conozco, amigo.

—Tienes una memoria fatal —comenté, levantándome—. No ha pasado tanto tiempo como para que me hayas olvidado, ¿eh?

—Debe ser una confusión —hablaba dirigiéndose a su jefe, no a mí—. A veces pasan estas cosas, usted lo sabe…

Sin mediar una palabra más le descargué un zurdazo al estómago, respaldado por todo mi peso como catapulta. Mi puño se hundió hasta la muñeca. Tucci se dobló, con toda su bocaza abierta. Disparé la derecha hacia arriba y se la cerré con tanta fuerza que se enderezó, giró sobre los talones y cayó de bruces sobre la mesa, haciendo que Blackie diera un salto, apartándose y derribando el sillón.

El gigantón comenzó a escupir sangre y se irguió penosamente, blandiendo los puños, aunque medio cegado por el dolor. Sabía que si lograba cazarme con uno de sus golpes yo llegaría hasta el techo. Blackie también lo sabía y creo que secretamente deseaba que eso sucediera.

Yo no estaba dispuesto a darle gusto, de manera que cuando Tucci se lanzó sobre mí le descargué un puntapié más abajo del estómago y eso fue demasiado incluso para una mole de músculos como él.

Cayó de bruces, lamentándose sonoramente.

Lou carraspeó.

—Nunca lo hubiera creído —lamentóse, estupefacto.

Jadeando, me apoyé en la mesa.

—A partir de ahora lo pensará dos veces antes de golpear de nuevo a un desconocido —dije.

Tucci se puso de rodillas. Estaba mortalmente pálido. Un hililllo de sangre se escurría de sus labios.

—¡Te haré pedazos, hijo de perra! —farfulló.

Logró ponerse en pie, pero todavía no había podido asentarse sobre sus pies cuando le machaqué la nariz con un terrible «uno dos» que lo tiró de espaldas. Esta vez ya no tuvo prisa por levantarse.

Blackie gruñó:

—Ya es suficiente, Ross.

Le miré. Luego miré al derribado gorila y comenté:

—Se lo había ganado. Pero no hemos terminado aún.

—¡Le he dicho que ya había bastante! —repitió el tahúr—. Tucci habrá escarmentado.

—No le machacaré más si no se pone bruto. Pero ahora quiero que me responda a un par de preguntas. Espero que no tendrá usted inconveniente, Lou…

Me miró echando lumbre por los ojos. Comprendió que estaba en una posición falsa, porque si se negaba yo podría creer que Tucci había estado actuando por cuenta de él cuando tuvo su primer tropiezo conmigo, de modo que asintió con un gesto, volvió a enderezar su sillón y se dejó caer en él, pasándose un pañuelo por la frente.

El matón consiguió levantarse apoyándose en la mesa. Estaba atendido aún, y barbotaba obscenidades dirigidas a mí, pero sin esbozar ningún gesto agresivo.

Me planté ante él.

—Estás metido en un asunto muy feo, orangután —le espeté—. De modo que o hablas o te verás entre rejas mucho antes de lo que imaginas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sacudió la cabeza de arriba abajo, mirando de soslayo a su patrón. Parecía bastante asustado.

—¿Quién es Sally? —le espeté.

Casi gimoteó.

—Es mi chica —de nuevo sus ojos buscaron los de Blackie—. Usted la estaba molestando cuando yo llegué y…

Le crucé la cara con un duro revés. Eso le humilló mucho más que la anterior derrota. Vi cómo se esforzaba por contenerse.

—Otro embuste y te arrancaré la cabeza —dije—. ¿Quién es Sally, dónde vive y cuál es su nombre completo? No voy a repetir las preguntas, maldito mastodonte…

Él se volvió, suplicante, hacia Lou Blackie. Este le fulminó con la mirada.

—Díselo —gruñó—. Yo también quiero saberlo ahora, Tucci ¿Quién es esa chica?

—Pero, patrón, ella… Yo…

—¿Quién, Tucci?

Vio que por aquel lado no podía esperar ayuda alguna. Estaba aturdido, desconcertado. La derrota primero, y lo que debía considerar como traición de su jefe, le colocaban en una situación de la que no sabía cómo salir.

Y eso acabó con su sentido común.

—Sally Grame —susurró.

Se enjugó la sangre de los labios con el dorso de la mano.

—Sigue, Tucci —le apremié.

—Vive en Brooklyn… en el dos, cuatro, uno dos de North Street…

—¿Qué clase de negocio se llevan entre manos?

—Ningún negocio, ella es…

—Tu chica —le atajé—, eso ya lo has dicho antes, pero no cuela. Se trata de otra cosa. Solo quiero saber qué es y te dejaré en paz.

—Mire, no hay nada de eso. Nos vemos de vez en cuando y…

—¡Tucci!

La voz de Blackie sonó como un chirrido. El matón se estremeció.

—¡Pero si es la verdad, patrón! —lloriqueó—. Le estoy diciendo la verdad…

—Ross dice que ella es una mujer de categoría… ¿De dónde la has sacado? ¿Viene al club alguna vez?

—No, nunca… Desde el principio le dije que no quería que viniera aquí… Puede estar tranquilo por ese lado, patrón…

—El caso es que no lo estoy, de modo que habla claro. ¿Qué hay entre tú y ella?

Sacudió la cabeza, bamboleándola como si no pudiera sostenerla sobre los hombros.

—Nada, ya se lo he dicho…

Comprendí que no le sacaríamos una palabra al respecto. Cuando ni siquiera Blackie conseguía que dijera la verdad no cabía esperar que me la dijera a mí.

—Muy bien, Tucci —le advertí—. Lo averiguaré por otros medios, y cuando lo sepa haré que los polizontes se interesen por algunas cosas que guardas en tu pasado. Eso te enseñará a no pasarte de rosca conmigo. Gracias por todo, Blackie.

—Gracias por nada —gruñó—. Cada vez que aparece usted por aquí tengo disgustos…

Abandoné el despacho, seguro de que la conferencia entre amo y matón no había terminado todavía.

Me encaminé al bar. Tenía la boca seca y consideré que me había ganado un buen trago. Entonces descubrí al tipo y casi di un salto de entusiasmo.

Aquel fulano era Fletcher Holding, detective privado.

Decididamente, era mi noche.

4

NO le gustó en absoluto verme. Estaba haciéndome muy poco popular y todavía no había empezado el caso.

—Tienes mucho que aprender —le espeté, encaramándome al taburete libre que había a su lado—. Eres una calamidad como «sombra», Holding.

—Ya imaginé que te habías dado cuenta —reconoció, impávido.

—¿Cómo supiste que era yo el del coche deportivo? ¿Por la matrícula?

—La tomé, por supuesto, pero te reconocí cuando entraste al bar. ¿Qué estabas haciendo en casa de los Baron? ¿Retozando con la dama? Tengo entendido que siente debilidad por los tipos como tú…

Le miré, dudando entre atizarle en la boca o escupir a sus pies.

Era un individuo de mediana estatura, de hombros estrechos y en general, de apariencia esmirriada. Lo único poderoso en él era su astucia, y eso no suele atraer a las mujeres.

—Estás resentido —dije, riendo—. Tal vez te gustaría que te hiciera caso a ti, ¿eh, Holding?

Rechinó los dientes y se refugió en su vaso, que vació casi por entero. El mozo acudió y le pedí un whisky, que sirvió tan rápidamente que estuve por creer que él también tenía interés en perderme de vista.

—¿Para quién estás trabajando? —indagué, añadiendo con sorna, como si fuera algo divertido—: Aunque ya supongo que esta es una pregunta que tú no responderías ni en el potro del tormento, ¿eh?

—Tú lo sabes bien.

—Seguro. ¿Cuánto te paga míster Baron?

Dio un respingo.

—Tengo la esperanza de que un día de estos tropieces con alguien de tu talla, Ross —masculló, mordiendo cada palabra—. Me gustará ver cómo te dejan la cara.

—Lo creas o no, acabo de tropezar con alguien de más talla que yo. Y ahora voy a decirte algo, sabandija; cuando yo me meto en un asunto lo llevo hasta el final, sin importarme las consecuencias. Tú tienes un cliente y acepto que lo exprimas, pero la próxima vez que te cruces en mi camino tendrás un disgusto.

—Ya estoy temblando.

Intentó echarse a reír, pero fue un pobre intento. Estaba preocupado.

Añadí:

—Tú trabajas para Baron, con la sana intención de hundir a su mujer en el descrédito, para sacudírsela de encima sin que le cueste un centavo. Bueno, adelante. Tu cliente tiene mucho que aprender todavía… y que ocultar. Ya oirás hablar de ello pronto.

Hice una seña al mozo, pagué mi whisky y bajé del taburete. Holding se había quedado mudo. Solo sus ojos delataban lo que estaba sintiendo respecto a mí. Sonreí.

—Ya nos veremos, Holding —dije como despedida—. Cuando termine este asunto podrás decir que has aprendido algo nuevo.

—¿De ti?

—¿Quién sabe?

Le dejé allí, preocupado. Solo cuando estaba sacando el auto de la fila se me ocurrió preguntarme qué demonios hacía en el local de Blackie, precisamente aquella noche.

¿Habría estado siguiéndome?

Rechacé semejante idea, por cuanto desde el momento que averiguó quién era yo había dejado de interesarse por mis pasos, ya que forzosamente debía haber adivinado cuál era mi papel en la comedia, lo mismo que yo había adivinado el suyo.

Pensé que me gustaría sacudirle duro cualquier día, pero sería un crimen pegarle a un fulano tan débil. Uno no encontraría gusto en ello…

A pesar de que ya no era hora de efectuar visitas, tomé el camino de Nueva York dispuesto a discutir un par de puntos con la sugestiva Sally. Seguía intrigándome en gran manera la relación de una muchacha tan atractiva con un gorila zafio como Tucci. Eran

una pareja que no encajaban en ningún casillero.

El reloj del *tablier* señalaba las doce y media de la noche cuando detuve el auto ante el número indicado por Tucci. Era una calle tranquila, con las aceras llenas de coches estacionados y silenciosos, desierta y bien iluminada.

Tuve la suerte de que cuando empecé a aflojar la marcha un coche estaba separándose del cordón, delante de la casa, y eso facilitó mi estacionamiento. No me fijé en el auto que se alejaba. No tenía motivos para ello, y solo advertí que se trataba de un coche oscuro, quizá negro, pero ni siquiera pude ver la marca ni el tipo.

La puerta de la calle estaba abierta. Me colé al interior. Alumbrándome con una cerilla leí los tarjetones del tablero, hasta averiguar que la joven a quien buscaba ocupaba el apartamento veintiséis, del cuarto piso.

Busqué el ascensor, pero estaba en alguno de los pisos superiores, y aunque pulsé el botón de llamada no descendió. Hube de subir las escaleras, a oscuras, en medio de un silencio sepulcral. No se escuchaba ni una voz, ni un maldito aparato de radio, igual que si fuera una casa deshabitada.

La cuarta planta estaba tan oscura como el resto de la escalera. Una vez más hube de valerme de las cerillas para orientarme, hasta encontrar la puerta número veintiséis.

A la mortecina luz de la cerilla descubrí que estaba abierta de par en par. El corazón me dio un vuelco al contemplar el negro interior. Por primera vez recordé al coche que había visto alejarse.

Entré, tanteé la pared y encendí la luz. Cerré la puerta a mis espaldas. Aquello podía valerme un disgusto de primera, pero ninguna fuerza humana habría sido capaz de hacerme retroceder en aquellos instantes.

Era un interior confortable, instalado con cierto gusto. En el aire flotaba un perfume dulzón.

Avancé derecho a la primera puerta abierta que había a mi derecha. Era un dormitorio. Encendí la luz: y la más fea imagen de la muerte apareció ante mí.

Rígido de estupor, con un cosquilleo nervioso recorriéndome los nervios, permanecí por espacio de un minuto contemplando el hermoso cuerpo sin vida y sin ropas, tendido de través sobre la cama. Sus vestidos y prendas íntimas estaban esparcidos por todo el

cuarto.

Al fin pude moverme y me acerqué a la muchacha. Había sido estrangulada por unas manos fuertes cuyas huellas amoratadas eran visibles en la piel de la garganta.

Tenía los ojos abiertos de par en par, fijos en el blanco techo. La mueca de la muerte distendía sus labios y la lengua asomaba un poco entre ellos. Ya no era hermosa, ni siquiera bonita, aunque su cuerpo siguiera conservando la nívea perfección de sus formas armónicas y suaves.

Tomé su muñeca, no porque tuviera la esperanza de hallar un asomo de pulsación, sino para comprobar el grado de rigidez. No la había. Su piel era suave y cálida todavía.

De nuevo el recuerdo del hombre y el auto volvió a mi mente. Unos minutos antes que yo hubiese llegado…

Aquella mirada horrorizada me daba escalofríos. Con cuidado cerré sus párpados. Tras esto, me dediqué a examinar las ropas esparcidas por el suelo.

No cabía duda que habían sido arrancadas sin miramiento alguno. Algunas de ellas estaban desgarradas, y todas tenían huellas de mal trato recibido. Eso me dio bastante que pensar.

«Eso podría haberlo hecho Tucci y sería lógico», pensé.

Pero Tucci se había quedado con Blackie. A menos que hubiera aprovechado para salir disparado detrás de mí, tomándome una corta delantera mientras estuve hablando con Holding…

Eso era posible, por supuesto. Además, yo no había llevado una velocidad excesiva durante el viaje…

Pero Tucci, ¿por qué?

Había muchas preguntas colgadas en el alero. Por ejemplo, ¿por qué la había desnudado el asesino, y cuándo lo había hecho, antes o después de matarla? Y… ¿con qué objeto?

Después, me dije:

«La casa es silenciosa como una tumba. De haber habido lucha, no cabe duda que alguien habría oído algo, dando la alarma…»

Estuve tentado de revisar el apartamento, pero eso me ocuparía un tiempo peligroso, por cuanto si me pillaban allí dentro en compañía del cadáver las cosas se complicarían peligrosamente para mí. A decir verdad, la policía ya estaba escamada por mi facilidad en tropezar con fiambres de uno y otro sexo…

De modo que di un último vistazo al hermoso cuerpo sin vida, apagué la luz de la habitación y salí.

También me ocupé de examinar el ascensor. Tal como sospechaba, estaba parado en la cuarta planta, con las puertas abiertas a fin de que nadie pudiera utilizarlo… una precaución más del asesino.

Lo dejé como estaba y bajé por las escaleras. La calle seguía silenciosa y desierta. Atravesé la acera hacia mi pequeño dos plazas.

Entonces empezaron a disparar.

5

FUE algo tan repentino que mis reflejos fueron pillados tan desprevenidos que tardé un par de segundos en captar el significado del súbito estallido.

Una bala aulló al rebotar en la pared que quedaba a mi espalda. El estampido alborotó la quieta noche. Y otros le siguieron con un estruendo interminable, mientras yo me zambullía de cabeza al suelo, buscando la protección de los coches estacionados, mientras los proyectiles zumbaban sobre mí, aullando al rebotar, arrancando sonidos metálicos al agujerear las carrocerías…

Mi «38» saltó fuera de su funda. Lo amartillé con el mismo movimiento y cesé de dar vueltas. Ya solo quedaba el eco de los disparos. Unos pasos se alejaban corriendo por la otra acera.

Me levanté de un brinco. Una sombra fugaz estaba a punto de llegar a la esquina.

Eché a correr a toda la velocidad que me permitieron mis piernas y me lancé en su persecución. Había un farol justo en la esquina. Calculé que cuando el criminal fuera a volverla quedaría dentro del cono de luz y entonces podría dispararle con probabilidades de éxito.

Efectivamente. El hombre irrumpió en la claridad y yo levanté el revólver. Mas la sorpresa hizo que el disparo se retrasase más de la cuenta, por cuando reconocí perfectamente la gigantesca humanidad de Tucci.

Disparé sin detenerme. Fue un disparo precipitado.

Tucci dio un traspié y desapareció en la calle lateral.

—¡Ya te tengo, compadre! —exclamé, redoblando la velocidad.

De modo que el matón estaba en el escenario del crimen… Primero la muchacha y luego yo. Buena caza por una sola noche.

Solo que las cosas no le habían salido como esperaba…

Doblé la esquina como un bólido. A media manzana, un coche emprendió la marcha con un rugido del motor. Del gorila no había ni rastro.

Me detuve, jadeando y con todas las furias del infierno rugiendo dentro de mí… Hubiera deseado tener a Tucci entre mis manos en aquellos instantes para destrozarlo a golpes.

Volví atrás, después de guardar el revólver. La calle ya no era ni silenciosa ni tranquila. De todas partes surgían curiosos para enterarse de lo sucedido. Un policía hacía sonar su silbato a lo lejos. Otro se movía entre la gente intentando también que alguien le contara con sentido común qué estaba pasando.

Me acerqué como si fuera un curioso más. La mayoría de ellos lucían pijamas de todos los colores, algunos llevaban una bata echada sobre los hombros, pero otros, muy pocos, llevaban trajes de calle, de modo que mi presencia pasó inadvertida por completo.

Llegó el otro guardia. Ni uno ni otro sabía qué hacer porque nadie les informaba con objetividad.

Todo lo que yo deseaba era llevarme el auto de allí. Era un coche llamativo y que delataría mi presencia en las inmediaciones si cualquiera de los oficiales que sin duda acudirían resultaba ser un conocido…

Dos auto-patrulla hicieron su aparición. De nuevo se reanudó la batalla dialéctica entre polizontes y público.

Aproveché para acercarme a mi «Facel-Vega». Nadie me prestó atención.

Me largué antes que las cosas se complicasen más de la cuenta. Lou Blackie iba a tener más disgustos de los que imaginaba, porque me parecía muy poco probable que su perro de presa hubiera actuado por su cuenta y riesgo. Por regla general, esa clase de brutos nunca toman decisiones tan drásticas por su libre albedrío, sino que les son ordenadas con todo detalle.

Pasé una noche llena de pesadillas, de modo que me desperté temprano y con un dolor de cabeza monumental. Necesité tiempo para aclarar mis ideas. Tiempo y un balde de café negro. Después de eso y de una ducha me encontré en condiciones de enfrentarme con lo que viniera.

Lo que vino fue una sorpresa.

Unos nudillos golpearon mi puerta casi con timidez. Fue una

llamada de las que le hacen pensar a uno en una damisela asustada o en un pandillero armado tratando de engañar al palomo que está al otro lado de la puerta, para llenarle de plomo tan pronto acuda a abrir.

Por si se trataba de esa segunda posibilidad, empuñé el «38», lo cargué con cartuchos nuevos después de sustituir el gastado, y me coloqué a un lado de la madera.

Los golpecitos se repitieron. Entonces dije:

—¿Quién está ahí?

—¿He de anunciarlo a todo el vecindario? —susurró una voz contenida.

Suspiré resignadamente y abrí la puerta. *Mistress* Baron cruzó el umbral cimbreando sus caderas con la cadencia de una bailarina. Me miró primero, luego examinó lo que había a su alrededor, mientras cerraba la puerta.

—Así que es aquí donde vive —runruneó, sonriendo.

—Efectivamente, pero la oficina está en el edificio Minland.

Su sonrisa se ensanchó.

—Lo sé. He telefoneado a su despacho sin resultado alguno. Entonces he decidido venir aquí. ¿No cree que es mucho más discreto para entrevistarnos?

—Le gusta jugar con fuego, ¿no es así? Hay un detective contratado por míster Baron vigilándola. Me siguió a mí cuando salí de su casa. No es descabellado pensar que quizá le ha seguido hasta aquí…

Se encogió de hombros.

—No me preocupa más de la cuenta mientras usted trabaje para mí. Estaba impaciente por saber qué resultados ha obtenido usted.

En lugar de responderle le espeté:

—¿Dónde está su esposo?

—En su despacho, por supuesto.

—¿Está segura?

—No lo he comprobado, si es eso lo que quiere decir. Pero todas las mañanas va al despacho a la misma hora. Quizá lo abandona después, pero por nada del mundo dejaría de acudir a la hora fijada, a fin de que el personal sepa en todo momento que cuando ellos llegan a la oficina él ya les ha precedido… Es un verdadero rito para él.

—Comprendo.

—Dígame, ¿adónde fue cuando salió de casa la otra noche?

Fui en busca de los cigarrillos. Le ofrecí, encendimos y hasta haber exhalado la primera nube de humo no dije:

—Se dirigió directo a un parador. Había una joven aguardándole en un pequeño bungalow de alquiler.

—¿No se lo dije? —exclamó con entusiasmo—. Ahora ya sabemos a qué atenernos. Solo falta que obtengamos una prueba de esas entrevistas y podré iniciar una contrademanda que le hará bajar el orgullo…

—No es tan sencillo, *mistress* Baron.

—¿Por qué no?

—No estoy muy seguro de que fuera una cita amorosa. El comportamiento de él me desconcertó cuando abandonó la cabaña. Y el de ella todavía más. Parecían dos extraños… Forzando la imaginación, podríamos llegar a la idea de que eran apenas conocidos.

—Mire, no me importa lo que sean. Podemos obtener una prueba que me servirá para mis propósitos.

Fui a preparar más café. Desde la pequeña cocina dije:

—Tal vez fuera conveniente que yo hablase con su esposo, *mistress* Baron.

Apareció en la cocina verdaderamente intrigada.

—¿Por qué? —quiso saber.

—No lo sé exactamente, pero pienso que tal vez fuera posible llegar a un acuerdo utilizando los debidos resortes.

Llené dos tazas de café, pasé junto a ella y las dejé sobre la mesita de la sala. Una oleada de perfume me siguió llenándome los sentidos.

—Temo no entender bien qué intenciones son las suyas, Bill —me espetó, acercándose.

—Tome un poco de café. Es muy temprano para hablar de negocios.

—¿Temprano?

—Para mí sí.

—Comprendo.

Tomó su taza y saboreó la infusión. Luego la dejó otra vez y me miró con sus profundos ojos verdes.

—Creo comprender que usted tiene algo guardado en la manga, Bill, algo capaz de inquietar a Edward…

—No deje volar su fantasía. Era solo una sugestión.

—Haga lo que crea conveniente. De momento, dígame quién es ella.

—¿De veras quiere saberlo ahora?

—Naturalmente.

—Su nombre es Sally. Es muy atractiva… Cualquier hombre perdería la brújula por pila.

—Ya veo… ¿Usted también?

—Yo no soy una excepción en esta materia.

Cuando me miró en sus pupilas brillaba una lucecilla burlona.

—Esa mujer debe ser realmente fuera de serie para que le haya impresionado a usted…

—Yo no he dicho…

—No era preciso que lo expresara con todas las letras. Los hombres se delatan fácilmente al hablar de mujeres.

—Parece saberlo usted muy bien…

Seguía sonriendo.

—Tengo experiencia, usted sabe.

Decidí cambiar de rumbo porque me sentía inseguro con ese tema.

—¿Qué cantidad piensa demandar para la separación? —pregunté, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del anterior.

—¿Es necesario que discutamos eso ahora?

—Necesito una idea aproximada por si me decido a plantearle la cuestión a míster Baron.

Lo pensó durante un tiempo. Se notaba que esa cuestión la preocupaba, quizá por temor a quedarse corta en sus exigencias.

—Le confieso que no lo había pensado nunca concretamente… pero todo dependerá de cómo se presentan las cosas. Dos mil dólares al mes me parece que resultarían una buena base de discusión, y no serían nada que hiciera tambalear la fortuna de Edward.

—¿Y si él prefería fijar una única cantidad?

—No sé… ¿Qué le parece a usted?

Me encogí de hombros.

—Yo no soy quien piensa divorciarse, sino usted.

Curvó los labios en un mohín de disgusto.

—Usted no me tiene simpatía, Bill —murmuró—. ¿Qué piensa de mí?

—¿Importa eso? Usted me contrató para un trabajo. Bien, estoy haciéndolo.

Poco a poco se sentó en una butaca, junto a la mesita. Cruzó las piernas de aquella manera estudiada que tan buenos resultados le daba. Resultó todo un curso de seducción desarrollado ante mis narices.

—¿Por qué no se sienta? —runruneó—. Ya le dije que me molesta tener que hablarle levantando la cabeza.

Lo hice, conteniendo un juramento. Su pierna derecha se mecía suavemente. Llevaba medias de malla y su falda resultaba demasiado estrecha y corta para ocultar lo que había debajo.

—Mire, estamos tratando de negocios —le espeté—; no le servirá de mucho confundir mis ideas.

Sonrió con inocencia.

—No le entiendo, Bill…

—Seguro que entiende lo que le digo. ¿Cuánto estaría dispuesta a aceptar como indemnización por separarse de Edward Baron?

—No le comprendo —repitió—. ¿Para quién está trabajando en realidad, para mí o para Edward?

—Para usted, sin duda alguna. Voy a resolverle el problema que tiene planteado, pero la manera cómo lo consiga es cosa mía. Cada uno tiene sus medios. ¿Cuánto?

Suspiró profundamente. El hondo escote en forma de V, pero una V de un alfabeto nuevo, hizo prodigios cuando aspiró aire en cantidad. La dama estaba resultándome un auténtico quebradero de cabeza, para decirlo de alguna manera.

—Tal vez si llegaba al medio millón considerase que valía la pena pensarlo —susurró.

—Es un buen pellizco.

—No para la fortuna de Eddy.

—Bien, tantearé el terreno.

—¿De veras piensa que conseguirá sacarle ese dinero?

—Le repito que haré lo que pueda. Me disgustan los asuntos de divorcio; resultan repelentes por la sordidez que encierran en sí. Trataré de terminar este de la mejor manera posible para

sacudírmelo de encima.

—Es usted asombroso para su profesión, Bill.

—Sí, bueno, pero usted me paga por los resultados.

—Cinco mil dólares si los obtiene.

—No lo he olvidado. ¿Ha oído alguna vez el nombre de Fletcher Holding?

—¿Holding? No lo recuerdo… No, creo que no. ¿Quién es?

—El detective que trabaja para su esposo. No fue muy afortunado al elegirlo. Es un individuo marrullero y tramposo. No es de fiar.

—Mejor para nosotros que se trate de un tipo así… ¿Fue ese hombre el que le siguió?

—Estaba apostado cerca de su casa cuando me fui. No paró de seguirme hasta que averiguó quién era yo. Entonces desapareció.

—Ya veo…

—Y ahora, intente ser completamente objetiva. ¿Cree que ha podido descubrir algo contra usted, algo tan importante como para presentarlo a un tribunal?

—Puede haberlo conseguido. Temo que… que no fui muy discreta.

—¿Cuándo?

—Hace algún tiempo… Perdí la cabeza, usted sabe…

Sentí tentaciones de abofetearla. Estaba divirtiéndose con lo que podía hundirla.

—Déjese de rodeos. ¿Quién es él?

—No hay ningún «él», Bill.

Me levanté de un salto, temiendo que no pudiera contenerme.

—Siga jugando a ese juego y verá lo que ocurre. Usted lo considera una indiscreción, muy bien; le haré la pregunta en otros términos. ¿Quién «fue» él?

Hizo un mohín de disgusto, pero resultó de coquetería.

—Se llama Donald Nutting. Pero solo duró un par de días. Me equivoqué al creer que era el sueño de amor que toda mujer aspira a vivir…

—¿No lo era?

—En absoluto. Apenas era un gigoló barato.

—Ya veo. ¿Está segura que todo terminó?

—¡Y tan segura!

—¿Y es ese episodio el que usted teme que su esposo saque a luz?

—Justamente. No fuimos nada discretos, usted entiende… Los empleados del hotel lo recordarán sin duda alguna… Y mucho me temo que si obligan a Donald a declarar lo hará. Quedó muy resentido conmigo.

—De modo que es así como están las cosas… Debió decirme eso al principio… Holding puede convertir eso en una historia sensacional ante un jurado, es especialista en ello. ¿Dónde vive Donald, *mistress* Baron?

—¿Es preciso que lo vea a él? Y no me llame *mistress* Baron, Bill; tengo un nombre bonito, usted sabe…

—Bueno.

—Melinda. Llámeme así.

—¿Dónde vive Donald, Melinda? —dije, apretando los dientes.

Se levantó y vino hacia mí con sus grandes ojos verdes fijos en mí con expresión suplicante.

—Por favor, Bill… Donald es un mal bicho. No lo supe hasta que ya era demasiado tarde…

—¿Y qué?

—Intentó hacerme chantaje.

De modo que era eso… Instintivamente la sujeté por los brazos y la sacudí como si fuera un muñeco. Estaba furioso y no traté de disimularlo.

—¡Maldita sea! —estallé—. ¿Qué tiene usted en lugar de cerebro? Debió confiar en mí desde el principio, en lugar de jugar al escondite con los datos que pueden hacerme fracasar.

—¡Bill…!

—¡Bill un demonio! Si Holding mete la nariz en esta historia y se pone en contacto con ese fulano la apartarán de escena tan completamente como si jamás hubiese usted pasado por ella. ¿Dónde tiene el sentido común?

—¡Bill, por favor, me hace daño…!

Cesé de zarandearla. Nos miramos largamente. Había una expresión indefinible en su rostro arrebolado. Un brillo extraño agrandaba sus pupilas. Aparté las manos de sus brazos, turbado.

—Lo siento, no debí dejarme llevar por la indignación —traté de excusarme.

—No lo sienta, Bill.

—¿Qué?

—No lo sienta…

De repente, sus brazos se enroscaron en mi nuca y su boca subió al encuentro de la mía. Que me cuelguen si no había estado deseándolo también, de modo que le rodeé la cintura y la besé.

Bien, decir que aquello fue solo un beso es quedarse corto. Fue mucho más que eso, una tormenta desencadenada, un incendio que creciera y creciera hasta el infinito, un terremoto de sensaciones… Cualquier cataclismo puede ser comparado con aquel beso y lo que siguió.

O lo que hubiera seguido si el teléfono no hubiese interrumpido cuando empezaba a navegar en un mar pasional, encrespado y violento.

—Déjalo que suene, Bill —suspiró, colgada de mi cuello.

—Nunca dejo sin responder una llamada telefónica, Melinda…

La aparté suavemente, aunque yo sé lo que me costó.

La voz que sonó al otro extremo del hilo me cautivó desde un principio. Era suave, con una cadencia melodiosa y casi infantil, pero no carente de fuerza.

—He tratado de verle en su despacho, míster Ross…

—¿Con quién hablo?

—Claro, usted no me conoce… El portero del edificio me ha dado ese teléfono… ¿Podría recibirme esta mañana, por favor?

—Seguro, pero no me ha dicho quién es usted.

—Me llamo Annette Gordon…

—Muy bien. Deme media hora. ¿Conforme?

—Gracias, míster Ross…

Colgó y yo deposité el auricular en el soporte como si fuera algo muy frágil. Nunca había oído una voz tan cautivadora.

Melinda susurró:

—¿Algo importante, Bill?

—¿Qué? Oh, sí, creo que sí. He de salir inmediatamente.

—¿No podrías aplazarlo para más tarde? Todavía no hemos terminado nuestra conversación.

Sonreí al mirarla. Ahora ya sabía a qué atenerme.

—¿A qué llamas tú conversación, Melinda? Pero no importa, la reanudaremos cuando todo esto haya terminado…

—¿Por qué no antes? Mira, yo…

—Tú estás metida en un asunto que puede costarte caro si no andas con pies de plomo. Eres… demasiado expansiva, para expresarlo de alguna manera. ¿Dónde vive Donald Nutting?

—Está bien, Bill, lo que tú digas… Pero eso no hace más que aplazar nuestra charla. ¿Conforme?

—Seguro.

—Donald tiene un apartamento en el Garden Apartments Building.

—¿Con qué trató de sacarte el dinero?

—Con unas fotos…

—Debí suponerlo.

—No son lo que tú crees, Bill. No se trata de fotos sucias o cosas así. Fueron tomadas en un club nocturno. Él y yo estábamos sentados a una mesa y la chica-fotógrafo las tomó sin que me diera cuenta.

—¿Una escena, digamos, íntima?

—Bueno, él me tiene cogidas las manos…

—¿Qué pasó cuando te pidió dinero?

—Le mandé al infierno, ni más ni menos. Me amenazó con entregar las fotos a Edward, pero para entonces no había empezado todo esto del divorcio y no me importó porque las fotos no contenían ninguna escena demasiado comprometedora…

—¿Las mandó a tu marido?

—No. Por lo menos, no lo creo.

—Está bien, veré qué hago con el amigo Donald. Ahora debes irte, Melinda. Y no se te ocurra volver aquí mientras el asunto esté en marcha. ¿Entendido?

—Sí, pero ¿dónde podré verte?

Suspiré. Era una mujer de ideas fijas.

—En ninguna parte.

Asintió con un gesto.

—Está bien, Bill, sé que tú dominas la situación. Haré lo que digas.

Recogió su bolso, se empinó sobre las puntas de sus pies y sus labios rozaron prolongadamente los míos en muda llamada, tratando de obligarme a claudicar.

No lo consiguió, aunque ella no supo nunca cuán cerca estuvo

de salirse con la suya.

Al fin apartó su boca y retrocedió hacia la puerta, sonriendo levemente. Abrió, pero entonces recordó otra cosa y dijo:

—Ah, me olvidaba del local donde fueron tomadas las fotos, querido… Fue en «The Corsair».

Salió y cerró sin ruido.

De modo que en el cabaret de Lou Blackie.

Todo parecía indicar la misma dirección. Primero Tucci; luego las fotos…

Y Lou Blackie se quejaba de que yo le provocaba disgustos.

Me puse la chaqueta, aseguré el revólver en la funda y abandoné el apartamento cavilando sobre la conveniencia de ser más rudo con el tahúr la próxima vez que lo viera.

Y también estaba Donald Nutting. Otro quebradero de cabeza, aunque a este, si era la clase de tipo que imaginaba, sabía cómo debía tratarlo.

6

ANNETTE GORDON era un portento, ni más ni menos. Me dejó sin aliento en cuanto apareció frente a mí, en la oficina. Por regla general, un tipo pacífico como yo no está preparado para recibir semejante impacto emocional sin previo aviso.

Eso fue lo que me produjo: un impacto casi físico. Tenía unos ojos que quemaban, unos labios incitantes, una cabellera del color del trigo maduro que ondulaba casi tanto como su cuerpo al moverse.

Esa maravilla de rostro coronaba un conjunto cuyas estadísticas vitales son las que uno sueña con encontrar en una mujer una sola vez en la vida, aunque nunca alcanza su sueño.

Yo lo había logrado. Lo tenía delante.

Sencillamente adorable.

De estatura algo más que mediana, sus curvas no tenían nada de medianas, sino que eran bien desarrolladas en los muslos, en la cintura, en el busto y en todo lo demás que encerraba en un exquisito vestido ligero color vino, cortado por una mano maestra.

No sé cuánto tiempo tardé en recobrar el habla. Fue todo el tiempo que ella tardó en atravesar la sala de espera y entrar en el despacho. Y todavía me quedó suficiente para dar la vuelta a la mesa y seguir mirándola desde allí.

Entonces dije:

—¿Annette Gordon?

Asintió con un gesto. Señalé la butaca para visitantes distinguidos y esperé que se hubiera sentado antes de hacerlo.

Tenía una manera de moverse, ondulando todo el cuerpo, capaz de producir estrabismo al tipo mejor equilibrado.

Carraspeé para asegurarme de que la voz saldría normal y dije:

—Por teléfono me ha parecido advertir que el asunto que la

preocupa es urgente. Debo advertirla que estoy muy ocupado en la actualidad, pero la escucharé con mucho gusto.

—Creo que… que mi preocupación está relacionada con su trabajo actual, míster Ross.

Fue una nueva sorpresa.

—Bien, la escucho.

—Ha llegado a mis oídos que está usted trabajando para Melinda Baron. ¿Es cierto?

—Voy de sorpresa en sorpresa, créame. ¿Cómo se ha enterado usted?

—Melinda no es un portento de discreción. Habla mucho con sus amistades…

—¿Es usted una de sus amistades?

—¡No!

Lo dijo con excesiva vehemencia.

—Siga.

—Tenemos amigas comunes. Ella se desenvuelve en un círculo un tanto restringido… en el cual estoy yo. Así he captado ese rumor. Las chismosas de costumbre están haciendo cábalas sobre cuánto dinero le sacará a Baron, si este quiere librarse de ella.

—Ya veo. Pero todavía no comprendo a dónde quiere ir a parar.

—¿No le ha recordado nada mi nombre, míster Ross?

—Francamente, no.

—La primera mujer de Baron se llamaba Ellen Gordon.

—Comprendo. Era su hermana, ¿no es así?

—Exacto. Mi hermana mayor. La única que tenía.

—¿Y bien?

—Ella murió en un accidente de auto. Chocó con otro que se dio a la fuga. ¿Lo sabía usted?

—Supe que su muerte fue debida a accidente, pero no conozco ningún detalle… ¿Qué tiene eso que ver con Melinda Baron?

Titubeó. Sus grandes ojos se hicieron más ardientes, como si bajo su superficie ardiera un fuego devorador.

—Yo estoy convencida de que no fue un accidente —susurró.

Casi me levanté de un salto.

—Temo comprender lo que insinúa —estallé—. Y tampoco veo qué pretende viniendo a contarme eso a mí. ¿Qué es lo que cree, que fue un crimen?

—Sí.

—Debió acudir a la policía a su tiempo.

—Ya lo hice.

—¡Vaya…!

No se me ocurrió nada más. La chiquilla me desconcertaba. Y era tan hermosa que mis ideas se embrollaban a cada minuto.

—No quisieron escucharme. Dijeron que era un accidente típico, con fuga del causante y todo eso. Me aseguraron que efectuarían unas averiguaciones especiales, pero ya no volvieron a informarme de nada más. Mi hermana fue enterrada y todo se olvidó…

—Pero usted no ha olvidado.

—No olvidaré jamás. Estoy convencida de que mi hermana fue asesinada… Ella era una conductora excelente, maravillosa. Había ganado competiciones de aficionados, dominaba el coche como usted su mechero…

—En un accidente entre dos coches, es suficiente que uno de ellos sea mal conducido para que se produzca la catástrofe.

—Lo sé, pero el otro surgió de una esquina como si hubiese estado allí aguardando. Y escapó. Nunca encontraron el menor rastro del coche ni de su conductor.

—Eso suele suceder con demasiada frecuencia. Pero ¿por qué ha venido a contármelo a mí?

—Porque…

Se interrumpió. Una vez más, sus ojos causaron estragos en mis defensas. Dejé que los míos se llenaran de belleza, pero cuando siguió hablando estuve a punto de olvidar que era la muchacha más adorable de cuantas había conocido.

Porque dijo:

—Estoy segura que Melinda fue la causante de la muerte de mi hermana, míster Ross.

No salté hasta el techo, por supuesto, pero no le faltó mucho.

—Usted desvaría, niña…

—Ella ansiaba casarse con los millones de Baron… Estaba loca por desbancar a mi hermana, pero él no deseaba divorciarse. Solo podía conseguir sus fines eliminándola… Había tanto dinero en juego que era un riesgo rentable, si es que estas cosas pueden expresarse en esos términos.

—Vayamos por partes. ¿Melinda conocía a Edward Baron antes

que este enviudase?

—Sí.

—¿Había relación entre ellos?

—¿Relación? Esa es una forma excesivamente correcta de decirlo…

—¿Lo sabía su hermana?

—Sí.

—¿Y no hizo nada por terminar con la situación?

—Creo que amenazó a Baron con provocar un escándalo… Ya sabe cómo son estas cosas. Incluso le habló de separación y todo eso, pero la verdad es que ella no hubiera renunciado a Baron jamás.

—¿Por qué?

—Porque lo adoraba, sencillamente. Además, las creencias religiosas de Ellen no le permitían esta clase de juegos.

—Comprendo. Y volvemos al mismo punto de partida. ¿Por qué ha querido contarme todo esto a mí precisamente? Debe comprender que Melinda Baron es mi cliente.

—¿Aunque fuera una asesina?

—Sería preciso demostrarlo, y permítame decirle que no la creo capaz de pilotar un coche para lanzarlo contra otro hasta provocar la muerte de una persona.

—Ella quería casarse con Baron y esta era la única manera de conseguirlo.

—Eso ya lo ha dicho antes —dije, levantándome—. Mire, quiero que comprenda cómo están las cosas. Usted recurrió a la policía, y las autoridades no pudieron encontrar nada que confirmase las sospechas de usted. ¿No es cierto?

Asintió lentamente con la cabeza. Sus ojos no se apartaban de mí. Me producían escalofríos.

—*Okay*; ha transcurrido tiempo suficiente para que su ánimo se haya serenado lo bastante como para contemplar el pasado objetivamente. ¿Cree sinceramente que si Melinda Baron hubiese cometido el crimen, la policía habría sido tan torpe de no encontrar ni un indicio, a pesar de la denuncia de usted?

Titubeó. Advertí que mis palabras no le hacían mella, pero había perdido parte de su seguridad.

—Estoy segura de que lo hizo —repitió en voz baja—. Pero debí

comprender que eso no le importaría a usted, que a fin de cuentas cobra del dinero de ella…

—La cuestión no es tan simple como todo eso, Annette —dije, rodeando la mesa y acercándome a ella—. Si Melinda fuera realmente una asesina yo no trabajaría para ella ni aunque me ofreciera todo el dinero de Baron. Pero no puedo creerlo.

—Yo pensaba que usted…

De nuevo se interrumpió y desvió la mirada.

—Siga —la animé—. Puede decirme lo que quiera. ¿Qué pensaba?

—Olvídelo, no he debido venir aquí.

Se levantó, con lo que quedó ante mí erguida con toda su adorable belleza. De nuevo mi sangre alborotó su ritmo. Deseé que no se fuera, que pudiera seguir contemplándola tanto tiempo como fuera posible…

—Creo que entiendo —dije—. Usted creía que yo me valdría de mi posición cerca de Melinda Baron para averiguar el pasado. ¿Es eso?

Asintió, abatiendo luego la cabeza.

Puse mis dedos bajo su mentón y la obligué a mirarme.

—Usted misma me despreciaría al final si yo cometiera semejante felonía. Melinda confía en mí, me paga para que la ayude… Jamás podría traicionarla, como jamás la traicionaría a usted si los papeles fueran al revés.

—Lo siento… He sido una estúpida al creer lo contrario. Pero la gente habla tanto de los investigadores privados… Yo…

—Los hay que serían capaces de aceptar ese trato, qué duda cabe. Conozco más de uno que… Pero eso es otro asunto. Créame, olvide el pasado. Será usted mucho más feliz. No sirve de nada atormentarse por lo que ya no tiene remedio…

—No puedo olvidar la muerte de mi hermana…

—Mire, haré algo en su obsequio —decidí, más como excusa para verla otra vez que por creer que sirviera de nada—. Tengo amigos en la jefatura. Pediré que me dejen examinar todo el dossier del caso y lo estudiaré a fondo. Luego la llamaré y podré detallarle las conclusiones de la investigación que se llevó a cabo. Eso quizá disipe sus sospechas. ¿Conforme?

—¿De veras hará eso por mí, míster Ross, o lo dice solo para que

le deje en paz?

—Lo haré, naturalmente. Pero con una condición… Deje de llamarme míster Ross. Usted no es cliente. Llámeme Bill. ¿Está bien?

Sonrió por primera vez. No debiera haberlo hecho porque estuve a punto de ahogarme en una oleada de deseo, deseo de borrar su sonrisa con mis labios antes que se fuera…

—Esperaré sus noticias —susurró.

Me tendió una tarjeta, que guardé sin mirarla. Luego estrechó mi mano y se fue.

Su presencia quedó flotando en el ambiente. Y su perfume. Y lo aspiré como si de ello dependiera mi vida.

Entonces me dije que aquella adorable criatura había sido hecha para mí. Moldeada para mí…

Me sentía igual que un colegial con su primer amor.

Solo que en el mío había algo más que eso.

7

NO fue una tarea fácil llegar hasta Edward Baron. Esos magnates se atrincheran detrás de sólidas barreras de subalternos con aires de mariscal de campo, secretarias atractivas y eficientes, discretas como tumbas, y algún que otro guardaespaldas bien pagado.

Mientras esperaba en una sala íntima, perdido en el babilónico edificio de sus Compañías, di un vistazo a los titulares de los diarios de la mañana que todavía no había tenido tiempo de leer a fondo. Había una fotografía de Sally, muerta sobre su cama. Pero la habían cubierto con una sábana hasta más o menos la mitad de sus senos, cosa que quitaba aspereza a la escena.

Los titulares hablaban del crimen de un sádico, o de un loco sexual. Se basaban en el estado en que fueron halladas las prendas de ropa y otros detalles igualmente brutales.

No creí que este fuera el punto de vista de la policía. El asesino había preparado el escenario justamente para que esa fuera la primera impresión, pero los detectives de Homicidios no son tan idiotas como se suele creer en la calle.

Más bien pensé que era cosa de los reporteros para sacar más jugo al sensacional encabezado.

Estaba meditando sobre esto cuando alguien carraspeó cerca de mí. Levanté la cabeza y tropecé con una pechera inmaculada, detrás de la que se parapetaba un tipo impecable. Tenía la pinta de un ejecutivo de brillante porvenir.

Por supuesto, no era otra cosa.

—Míster Baron le concederá cinco minutos, míster Ross —dijo pomposamente, dando a entender cuán agradecido debía estar por ese inmenso favor—. Le ruego sea breve. Es un caballero muy ocupado.

Edward Baron era un hombre que debía rondar los cincuenta años, pero su apariencia era impresionante. Alto y musculoso, conservaba la agilidad propia de la juventud. Unos ramalazos grises en las sienes le daban distinción, si es que no tenía, suficiente con su porte.

Me miró con sus pobladas cejas fruncidas. Consultó ostensiblemente su reloj de pulsera y volvió a mirarme con impaciencia.

Esperé que el brillante ejecutivo cerrara la puerta. Entonces dije, sentándome en una butaca sin aguardar invitación:

—Mi nombre completo es Bill Ross. Soy detective privado. Trabajo por cuenta de su esposa, míster Baron.

—Fui informado de esa circunstancia.

—Por Holding, naturalmente. ¿Sabe usted la clase de bicho que se buscó?

—Le he concedido cinco minutos —me recordó, rígido—. Le aconsejo que no los desperdicie.

—El tiempo no cuenta ahora y usted verá por qué. Usted está intentando librarse de su esposa sin que le cueste un centavo. ¿Es así?

—Cierto.

—Dejando aparte lo que eso tiene de tacañería, déjeme decirle que es un iluso si cree salirse con la suya.

Se echó hacia delante con los ojos llameantes.

—¡Salga de aquí! —silbó entre dientes.

—Más despacio. Siempre me han repelido los casos de divorcio. Acepté este porque las condiciones económicas eran excepcionalmente buenas, pero voy a terminarlo cuanto antes para sacudírmelo de encima. Si puedo terminarlo con un arreglo amistoso todo eso saldré ganando.

—¡Fuera!

No le hice el menor caso, lo cual acabó de enfurecerle.

—Su esposa aceptaría tratar este asunto partiendo de una base razonable… pongamos dos mil dólares mensuales. Usted puede permitirse ese gasto, míster Baron. Añadiré que para usted sería muy conveniente semejante arreglo, porque le evitaría otras complicaciones.

—Usted se lo ha buscado —gruñó.

Oprimió repetidamente un timbre que había en un extremo de la mesa. Esperé que dejara de hacerlo antes de espetarle:

—No se ponga nervioso, camarada, porque todavía no hemos hablado de Sally Grame, ni del parador, ni de sus citas con ella, ni… de eso.

Desplegué el periódico sobre la mesa. Sus ojos cayeron encima de la fotografía y todo asomo de color huyó de su rostro.

Detrás de mí, la puerta se abrió con cierta violencia y una voz dijo:

—¿Qué ocurre, míster Baron?

Volví la cabeza. El tipo era un atleta, joven y fuerte. Había una expresión indefinible en su rostro achatado, pero para ser un guardaespaldas no resultaba desagradable.

El financiero hizo un ademán como si espantara una mosca. El musculoso guardaespaldas se esfumó sin una palabra más.

Baron estaba igual que hipnotizado mirando la foto y los titulares. Poco a poco, se echó hacia atrás sin soltar el periódico.

—¡Dios mío! —jadeó sin voz.

Esperé hasta que hubo leído casi todo el artículo de primera página.

Entonces dije:

—Creo que se dará cuenta de lo que sucederá tan pronto se haga público que usted y Sally eran algo más que simple conocidos. También saldrá a luz lo de la cabaña del parador… Habrá un escándalo de tamaño natural, y eso es muy malo en su círculo, ¿no?

—Debí suponerlo, sucio chantajista…

—Equivocado una vez más.

—Entonces, ¿qué pretende?

—Un arreglo con su esposa para que yo pueda soltar este caso. Usted y ella se detestan. Muy bien, fíjele una buena pensión y asunto concluido. Puedo asegurarle que ella no opondrá dificultades para la separación.

—¿Y cuánto obtendrá usted de esto?

—Cinco mil dólares, pero no por «esto», como dice usted, sino por seguir con el caso hasta solucionarlo.

—Ya ve. ¿Diez mil y lo suelta desde ahora?

—Olvídelo. Esa es la clase de ética con que actúa su detective, no yo. Sigo trabajando para su esposa.

—Supongo que es inútil que suba la cifra…

—Absolutamente inútil.

—Está bien. Supongamos que accedo… ¿Qué garantías tengo de que no divulgarán ustedes el episodio del bungalow y mi relación con Sally Grame?

—La garantía de que solo yo estoy enterado. Su esposa no tiene la menor idea de la situación. Solo sabe que usted se entrevistaba con una chica, nada más.

—Ya veo… Creo que me equivoqué de detective cuando me decidí a contratar uno…

Sonreí, porque eso era tanto como rendirse.

—Acepto —dijo al fin—. Dos mil dólares al mes como compensación, alimentos y todo cuanto pueda salir. Dígaselo así y que sus abogados se pongan en contacto con los míos.

Me levanté. Aquello significaba cinco mil dólares en mi cuenta.

—Se lo diré. ¿Va a despedir ahora a su fisgón Holding? Le aseguro que solo le producirá trastornos si trabaja para usted. Es un marrullero de la peor calaña.

—Terminado este asunto, ya no voy a necesitarlo. Confío en su discreción, míster Ross…

—Hágalo. Nadie se ha arrepentido jamás de confiar en mí.

Salí y cerré de un portazo, eufórico por mi éxito. En el antedespacho, el ejecutivo de brillante porvenir me miró estupefacto. Luego contempló su reloj sin dar crédito a lo que veía. Habían pasado muchos más de cinco minutos…

Recorrí a la inversa toda la carrera de obstáculos que protegían al gran hombre. En la calle brillaba el sol y la gente se apresuraba. Una riada de coches se apretujaban en la calzada. El aire era cálido y suave.

Eso era vida.

Adentro quedaba la fábrica de fósiles. ¿Cómo podían soportarlo?

Anduve hasta mi coche, salté por encima de la portezuela y caí sentado ante el volante.

Cinco mil machacantes limpios de polvo y paja… pero no limpios de impuestos.

Ese pensamiento fatídico enturbió mi euforia. Encendí el motor y lancé el «Facel-Vega» entre las oleadas de tráfico.

De todas formas, valía la pena vivir… y ser libre.

8

—AMIGO, usted está «barrenado» —me espetó Donald Nutting—. Venir aquí con semejante pretensión es idiota.

—Bueno, no podrá negar que lo he intentado por las buenas.

Era un tipo alto y bien proporcionado. Pero era repelente. No quiero decir con eso que no fuera guapo. Lo era, pero llevaba escrito en el rostro todo lo que anidaba en él de vicioso, depravado e innoble. Esa es la clase de embaucadores que más fácilmente cazan a las mujeres acaudaladas e incautas.

Repugnante, esta es la palabra.

—Esas fotos, Nutting, van a crearle muchos problemas.

Sonrió. Tenía unos labios casi femeninos.

—¿A quién, fisgón? No será a mí.

—A usted ya le han creado uno.

—No me diga. ¿Cuál?

—Este.

Recibió el puñetazo en medio de la cara. Su nariz se aplastó como si fuera de mantequilla y comenzó a chorrear sangre aun antes de que cayera de espaldas.

Le había golpeado así justamente por lo aparatoso del resultado. Generalmente, la sangre desmoraliza a un individuo mucho más aprisa que un puñetazo mucho más duro.

Pero el gigoló estaba hecho de buena madera. Se levantó como si hubiera rebotado y saltó sobre mí sin preocuparse de la sangre ni de su nariz machacada.

Le detuve con un golpe en el plexo solar. Él me largó un derechazo que retumbó sobre mi pecho, demostrándome que su tipo no era solo fachada.

Rugió de dolor al doblarse en dos. Levanté la rodilla y él solo fue a dar de bruces contra ella.

Retrocedió a trompicones llevándose las manos a la cara. Por primera vez parecía alarmado por la sangre que saltaba de su nariz.

Avancé, obligándole a retroceder.

—Le advertí, sanguijuela. Esas fotos le traerán muchos disgustos, empezando desde ahora.

Una vez más se lanzó sobre mí. Era fuerte, pero carecía de experiencia en esa clase de luchas. Lo suyo era luchar con apasionadas mujeres, no con tipos rudos dispuestos a hacerle daño.

Y se lo hice. Un zurdazo bajo el mentón lo levantó del suelo. Antes de que cayera pude cazarlo de nuevo en el estómago, de manera que giró sobre un eje invisible y se estrelló contra una mesa, derribándola y haciendo añicos el grueso cristal que la cubría.

Hubo un buen estrépito. Nutting tardó unos segundos en moverse. Gemía débilmente, pero el solo hecho de que siguiera consciente después de semejante castigo, ya hablaba muy alto de su fortaleza.

—Quiero esas fotos, Nutting, y el negativo. No me iré de aquí sin ellas, de modo que tómelo con calma. No hemos terminado todavía. Por otra parte, voy a escarbar en su pasado hasta desenterrar toda su historia, y como encuentre cualquier cosa con qué echarle a la policía encima lo haré. Tal vez así comprenda que es un mal negocio expoliar mujeres.

Me miró por entre un velo turbio que parecía haberse extendido sobre sus pupilas.

—Algún día le mataré. No importa cuándo… Algún día…

—Otros más valientes que tú lo han intentado. Las fotos, Nutting.

Se levantó. Buscó un pañuelo y lo apretó contra su machacada nariz. Vacilando sobre las piernas, se dirigió a un escritorio que había al fondo de la estancia y abrió un cajón. Saqué mi «38» y dije:

—No me gustaría que empuñases una pistola, Nutting, porque entonces tendría que matarte.

Se volvió poco a poco. La automática que había sacado del cajón se desprendió de sus dedos y cayó sobre la alfombra.

—Así está bien —le animé—. Ahora quizá saques las fotos de una maldita vez.

Extrajo un sobre, que dejó sobre la mesa. Me miró como

esperando instrucciones. Se las di, claro:

—Retrocede hasta la pared, compañero. Me parece muy extraño que tuvieras el sobre en ese cajón, como aguardando que viniera por él.

—No le esperaba a usted.

Agucé los oídos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Alguien iba a comprarme esas fotos…

«Holding, sin duda», pensé.

Con una sola mano abrí el sobre y saqué las fotografías y el negativo. Tal como Melinda me había dicho, era una escena amorosa, pero no había en ella nada de escandaloso, excepto el hecho de que ella era una mujer casada, por supuesto.

Me guardé todo en el bolsillo. Antes de irme le advertí:

—Cuando trates de acercarte a Melinda Baron otra vez, Nutting, te arrancaré la piel a tiras.

—Lo quiere todo para usted, ¿eh? Debí comprenderlo desde un principio. A ella y su dinero… Un buen bocado.

—Ni más ni menos —reí. Recogí la pistola del suelo.

Saqué los cartuchos, que guardé también en el bolsillo. Corrí el cierre para asegurarme que no quedaba una bala en la recámara y finalmente dejé el arma sobre la mesa.

Estaba llegando a la puerta sin perderle de vista cuando el timbre sonó de modo impaciente. Nutting dio un respingo, esperanzado. Abrí sin guardar el revólver. Fletcher Holding entró resueltamente, pero se detuvo en seco al reconocerme y ver mi «38».

—¿Qué demonios, Ross…? —empezó.

—Has llegado tarde, camarada. Siempre llegas tarde.

Salí y cerré la puerta antes de que recobrase el habla.

No sucedió nada mientras salí del edificio, de manera que enfilé el coche hacia Long Island para dar la buena nueva a mi clienta. Era hora de mandar el asunto al diablo y cobrar.

Claro que todavía me quedaba una visita a Lou Blackie, pero eso podía considerarse como asunto privado y personal.

9

MELINDA BARON resultaba siempre una emoción demasiado fuerte para mi baqueteado corazón. Cuando me recibió llevaba el bikini que ya le conocía y una bata de baño sobre los hombros. Había estado tomando baños de sol y, según me dijo, el tiempo se le había pasado volando.

—Pero ahora no lo siento —añadió, sugestivamente—, porque estás aquí.

—No saques las cosas de quicio. Tengo noticias.

—¿Y quién quiere noticias, Bill? Ya sé todas las que necesito.

—¿Que tú sabes…?

—Edward me ha telefoneado. Ha dado a entender que tú has estado muy persuasivo, corazón. Él no parecía sentirse feliz.

—De manera que te ha llamado para darte la buena nueva, ¿eh? Muy correcto por su parte. ¿Dos mil al mes?

—Ni un centavo menos. ¿Qué te parece?

—Mucho dinero, por supuesto.

Me disponía a hablarle de las fotos y de Donald Nutting cuando me rodeó el cuello con los brazos. La bata se deslizó fuera de sus hombros y revoloteó hasta el suelo. Sus labios oscilaron rozando los míos.

—Ahora seré feliz —susurró—. Realmente, el dinero es una gran cosa, pero me dejé cegar por él al casarme con Edward.

—Escucha…

No escuchó. Me encontré sumergido en la vorágine de su boca sin que esta vez hubiera hecho nada para besarla. Pero repentinamente, a impulsos de sus caricias, claudiqué y olvidé todo lo demás. Decididamente, Melinda había sido hecha para el amor volcánico, desenfrenado, sin barreras ni trabas de ninguna clase.

Hubo como una laguna en mi conciencia, un lapso de tiempo

que no supe si lo había vivido o solamente soñado. Un tiempo endiabladamente largo en el cual pudo suceder cualquier cosa.

Después advertí que estábamos en la verde pradera cubierta de césped, que descendía en suave declive hacia la playa, y que ella estaba junto a mí y que todavía lucía el sol y el mar chapoteaba casi a nuestros pies.

Seguíamos vivos después de todo, cosa que hubo algún instante que puse en duda.

—¿También tienen el día libre los sirvientes? —le espeté, desprendiéndome como pude de sus brazos.

—¿Por qué? Hoy no… Están en la casa.

—Ya veo. Tienes los mismos sesos que un mosquito.

Encendí un cigarrillo con dedos poco firmes. Ella se rio. Añadí:

—¿Quieres estropearlo todo, ahora que hemos conseguido vencer?

—Creo que no me importaría nada, querido…

Era preciso acabar con eso, escapar a su hechizo.

Solo había una manera de lograrlo. Saqué el sobre del bolsillo y lo dejé sobre el césped, junto a sus piernas.

—Eso te pertenece también, Melinda… Puedes guardarlo como recuerdo si representa algo para ti.

Intrigada, lo abrió y al ver las fotos no pudo contener un gritito de alegría.

—¡Bill, eres maravilloso!

—Ese hombre maravilloso te costará cinco mil dólares, paloma.

—Lo considero barato.

Tomó las fotos y las convirtió en confeti, de modo que el trozo más grande apenas si quedó del tamaño de la uña. Por mi parte le prendí fuego al negativo, y tras esto fue como si se hubiera corrido el telón sobre el caso.

Solo entonces se interesó por los medios de que me había valido para conseguir aquellas pruebas.

—No ha sido difícil —expliqué—; realmente, Nutting no es demasiado listo.

—¿Le has pegado?

—Bueno, ha habido un poco de movimiento.

Chispearon sus ojos, llenos de entusiasmo.

—Cuéntame…

—¿Para qué? Ya no tienes que preocuparte por él. Y ahora debo irme, Melinda. Hay algo que debo hacer.

—Pero si el asunto está zanjado, querido. Quédate…

—¿Para que Edward me encuentre aquí y comience a pensar que está haciendo el tonto? No, gracias. Además, es cierto que hay algo importante que me espera.

—¿Te gusta más que yo?

—¿Quién?

Rio de nuevo.

—Eso importante que te espera…

—¡Oh, diablos, no! En realidad, es un hombre muy desagradable.

—Eso me tranquiliza.

Echó a andar hacia la casa. La seguí, luchando por desprenderme de la fascinación que su ondulante belleza ejercía sobre mí.

Unos minutos más tarde tenía entre mis dedos un cheque por valor de cinco mil dólares. Era un buen pellizco.

—¿Cuándo volveré a verte, Bill? —susurró, insinuante.

—Nena, todos tus pensamientos se dirigen en una sola dirección, por lo que advierto. ¿No te cansa siempre el mismo camino?

—Bueno, suelo tomar atajos, tú sabes…

Me rendí, batiéndome en retirada. Ya en la puerta dije:

—Te llamaré cuando crea que no existe riesgo. ¿Conforme?

—No tardes mucho…

Salí zumbando con el coche. Aquella mujer era capaz de volverle loco a uno por poco que se lo propusiera.

Bien, mis cinco mil estaban en mi bolsillo. Ahora solo faltaba tener una parrafada con Lou Blackie y podría dar el caso por cerrado.

Y ocuparme de Annette Gordon…

Annette. Hasta el recuerdo de su nombre resultaba dulce, como un antídoto contra el raudal de veneno que Melinda era capaz de inocularle a uno con su fogosidad.

Mi oficina estaba triste y vacía. Eché un vistazo a la correspondencia, que acabó inevitablemente en la papelera. Encendí un cigarrillo dejando volar mi imaginación y así pasé revista a lo sucedido en los últimos días.

Y no me sentí satisfecho. Había montones de cosas que no estaban claras, como si el caso, en lugar de estar prácticamente terminado, estuviera solo empezando.

Entonces sonó el teléfono y la voz del sargento vibró en mi oído, aguda y furiosa.

—¡Me he gastado las uñas marcando ese teléfono! —estalló—. ¿No acudes nunca a tu cochambroso despacho?

—Ahora estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Quiero verte. «Inmediatamente».

—¿A qué viene eso? Pareces excitado.

—¿Excitado? —bramó—. Estoy que me subo por las paredes. Ven aquí, lumbrera. Estaré esperándote.

—Oye, tengo algunas cosas que hacer y…

—¡Todo lo que tienes que hacer es venir aquí! ¿O prefieres que los oficiales de Homicidios vayan por ti?

—¿Homicidios?

—Eso he dicho.

—Bueno…

—Espabílate, tipo listo.

Colgó de golpe.

Cuando salí del despacho todo el entusiasmo que sintiera al llegar se había esfumado. ¿Qué demonios tenían que ver los de Homicidios conmigo? A menos, claro está, que hubiesen descubierto que fui yo quien primero encontró a Sally…

Pero eso era absurdo. Además, si eran los de Homicidios quienes se interesaban por mí, ¿por qué demonios había sido un sargento de la Brigada del Vicio quien parecía impaciente por verme?

Solo podía aclararlo presentándome al sargento.

Bien, decir que no estaba de humor es quedarse corto. Tal como había anunciado por teléfono, se subía por las paredes.

—Tú eres un fulano muy listo, ¿no, Ross? —me espetó tan pronto cerré la puerta de su oficina.

—Bueno, planteadas así las cosas, no me considero tonto del todo.

—¿Cuándo viste a Tucci?

—¿A ese gorila?

—Tú andabas buscándole.

—Seguro. Y lo encontré. Tuvimos una trifulca en el despacho de

Lou Blackie.

—¿A tiros?

Todos mis sentidos se pusieron alerta de golpe.

—Más claro, George —dije—. ¿Qué es eso de unos tiros?

—Tucci está muerto, sobre una mesa de la Morgue. ¿Qué dices a eso?

Lo primero que pensé fue que había muerto al herirlo yo, cuando escapó después del tiroteo.

—No sé de qué me hablas.

—Seguro que no, pero esta vez te has caído, muchacho. Tucci tiene un balazo en la nuca que le voló media cabeza. Y otro en la clavícula… ¿Has perdido facultades? Antes eras un tirador de excepción.

—Bueno, resumiendo, piensas que me lo cargué, ¿no —es eso?

—Dame tu revólver.

—Tengo licencia.

—¿Crees que no lo sé? Todo lo que quiero es disparar una bala de prueba y compararla con la que extrajeron del cráneo de ese tipo. ¿Qué arma usas últimamente?

—Un «33», «Colt-Cobra».

—Déjame verlo.

Lo saqué de la funda. Él lo examinó, me miró, olió el cañón y luego abrió el cilindro.

—¿Cuándo has disparado por última vez?

—¿Huele a pólvora?

—Apesta.

—Hace un par o tres de días. En el campo.

—Hiciste prácticas de tiro, por supuesto.

—Eso es; disparé contra latas vacías.

—Sí, claro… La bala extraída de la cabeza de Tucci corresponde a un calibre más pequeño.

—¿Entonces…?

—Puedes haber disparado con otra pistola.

—Y puedo haber declarado mi guerra particular contra Rusia. ¿Qué demonios crees que es mi trabajo, polizonte?

—Tú querías ajustarle las cuentas a Tucci. Estabas furioso con él porque te había golpeado.

—Y se las ajusté, tal como te he dicho. Pregúntale a Blackie.

—No creería nada de lo que me dijera ese bastardo.

Había algo más que me preocupaba y pregunté:

—Esa otra herida en la clavícula…

—La bala le pasó de parte a parte. ¿Por qué?

Esa debió ser la mía. Ahogué un suspiro de alivio.

—Nada. ¿Han interrogado a Blackie?

—Seguro. Por lo que sé, afirma que no había visto a Tucci en dos días.

—Miente. Lo vio anoche en su despacho, cuando le sacudí duro.

—No sacarán nada de Blackie. Nunca sacan nada de él y otros semejantes. Están siempre bien cubiertos. Todavía no sé si informar a los chicos de Homicidios de tu interés por Tucci, Ross.

—¿Qué sacarías con hacerles perder el tiempo? Yo no lo maté.

—Tal vez no, pero es chocante los cadáveres que aparecen a tu alrededor cuando empiezas a moverte de un lado a otro. Como esto siga así, tu fama irá por los suelos.

—¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

—Ni más ni menos. ¿Te parece poco? No te alejes mucho, por si necesito preguntarte algo más. Todavía no estoy seguro de lo que haré…

—Perder el tiempo si sigues así —le espeté—. En lugar de eso, puedes hacer algo constructivo, George.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

—Pide al archivo que te suban el dossier de Ellen Baron, o Gordon según su nombre de soltera.

—¿Quién es esa dama? ¿Otro lío de los tuyos?

—Tienes una mente obscena, George. Esa señora murió en un accidente hace algunos años.

—¿Ellen Gordon?

—Al morir usaba el nombre de Baron.

—Baron…

Descolgó el teléfono sin dejar de mirarme. Cuando le respondieron habló de modo conciso y colgó otra vez.

—¿Ese Baron —dijo—, es el millonario del acero?

—Ajá.

—¿Trabajas para él?

—No.

—Entonces es contra él…

—Tampoco.

—Mira, no necesitas utilizar esa táctica conmigo…

—Lo creas o no, solo trato de satisfacer a una muchacha.

—¡Una mujer! ¿Cómo te las arreglas, Ross?

Me encogí de hombros.

—Es el destino, sargento.

—En todo caso, tienes un destino muy complaciente… Cuéntame. ¿Cómo es?

—No lo entenderías.

—Vamos, alegra mis oídos por una sola vez.

—Tú eres de esos tipos capaces de extasiarse ante esas fotografías francesas que aparecen de vez en cuando. Debería darte vergüenza…

—Seguro. ¿No ves cómo me ruborizo? Vamos, Ross…

Afortunadamente, la llegada de un agente trayendo una carpeta color paja terminó con su interés.

—Un servicio eficiente —comenté, empezando a leer todo el fárrago de informes y fotografías.

Así me enteré del modo cómo se había producido el accidente, de las sospechas policíacas al pensar que había sido provocado y de muchas cosas más.

También había un par de folios dedicados a la visita de Annette Gordon para dar cuenta de sus sospechas, aunque al parecer no le habían hecho más caso del debido a todo visitante con cierta influencia.

Saqué algunas ideas nuevas con la lectura de todo aquello, pero nada definitivo que me permitiese convencer a Annette de su error.

Más bien parecía que no era un error después de todo.

—¿Quién se encargó de esta investigación? —le pregunté al fin.

—Ahí debe estar el nombre… Sí, teniente Lukene. Ya no está aquí. Le trasladaron hace poco tiempo.

—No es que sea muy importante, pero hay algo en estos informes que resulta por lo menos curioso…

Le devolví la carpeta. Él la abrió y comenzó a remover los papeles como si no acabara de decidirse a leerlos.

—¿Piensas actualizar de nuevo el caso, Ross? —quiso saber antes que me fuera.

—No. En realidad, ni siquiera hay caso. ¿Qué harás respecto a lo

de Tucci?

—Esperaré a ver cómo se desarrollan los acontecimientos…

Fue interrumpido por el teléfono. Escuchó, soltó un par de monosílabos y se levantó.

—Me esperan arriba. No te alejes de la ciudad, Ross.

—Descuida.

Bajé lentamente las escaleras. De modo que Tucci había sido asesinado con un tiro en la nuca. Un procedimiento expeditivo y seguro…

¿Por qué?

Él había intentado matarme a tiros. ¿Quizá su fracaso era la causa de su propia muerte?

Había algo que era seguro; el balazo en el hombro era el mío. El proyectil le empujó obligándole a dar un traspié antes de doblar la esquina…

Bueno, ya no volvería a golpear a nadie.

La sala de detectives estaba muy concurrida. Había algunos a los que conocía y me detuve para cambiar impresiones intrascendentes. Me invitaron a un café, que tomé en uno de esos vasos de papel.

Por encima de las conversaciones se elevaba, de vez en cuando, la voz metálica del altavoz radiando los boletines a medida que iban recibiéndose. Nadie le prestaba la más mínima atención a aquel cacharro.

Fue cuando me despedía del último de mis conocidos que el nombre de Fletcher Holding saltó del altavoz, obligándome a aguzar el oído.

Todo lo que pude captar entre la batahola de voces fue que el detective privado había muerto asesinado. Un auto patrulla acababa de encontrarlo en las afueras… Un tiro en la nuca… Arma de pequeño calibre…

Salí de la sala sintiendo un vivo escalofrío en la espina dorsal. La muerte estaba mostrándose muy activa en las últimas horas.

10

ERAN más de las ocho cuando pulsé el timbre. Annette abrió la puerta y de nuevo mi corazón inició una sucesión de cabriolas.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, entre.

Era un apartamento de lujo. Eso confirma el informe policíaco referente a la sólida posición monetaria y social de los Gordon.

Cerró la puerta. Me extasié contemplándola hasta que ella esbozó un gesto de protesta.

—Espero que todo lo que ve merezca su aprobación, míster Ross.

«No volvamos a las andadas, Bill», me recordé.

—Me pone nerviosa cuando me mira así.

—Debe estar acostumbrada a ello. En esta ciudad hay algunos millones de hombres, además de Bill Ross.

Sacudió la cabeza, rindiéndose.

—¿Ha revisado el dossier, Bill?

—De cabo a rabo.

—¿Y qué opina?

En lugar de responder dije:

—Esta es una hora muy buena para tomar un trago en su compañía, Annette.

—Me disponía a salir a cenar cuando usted ha llamado, pero beberé con usted. ¿Prefiere «bourbon»?

—Con un poco de hielo, gracias.

Preparó el «bourbon» para mí y un escocés con soda para ella. Bebimos. Yo no podía apartar la mirada de su soberbia figura.

—Dígame qué piensa ahora del accidente.

—Hubo ciertas circunstancias extrañas —reconocí—. Pero usted está en un error al creer que la policía no hizo nada cuando les expresó sus sospechas. Se movieron mucho. Siempre lo hacen.

—Pero no obtuvieron ningún resultado.

—No, pero llegaron a una conclusión… aunque no la hicieron pública. Opinaron que el coche causante del accidente iba manejado por un beodo, o por alguien que se lanzó deliberadamente sobre su hermana.

El vaso casi se deslizó de sus dedos. Pudo impedir que se estrellara contra el suelo, pero lo dejó sobre la mesa con gestos torpes.

—¿Es cierto eso?

—Lo es, Annette.

—No lo comprendo… ¿Por qué no siguieron adelante con la investigación, y por qué no me lo dijeron a mí?

—No tenían ninguna prueba. Además, el apellido Baron pesa como el plomo en esta ciudad, y provocar un mar de habladurías y chismorreos sin nada en qué asentar las sospechas hubiera provocado una reacción muy desagradable. Usted sabe cómo son estas cosas, Annette. Pero puede estar segura que no se habrían detenido si hubieran podido conseguir la más mínima evidencia.

—¡Fue ella, esa…! —un delicioso color rosado inundó sus mejillas. No necesitaba ese aditamento para resultar tentadora como un sueño.

—No corra tanto…

—¡Ella quería cazar a Edward! Pero si está claro… ¿No lo comprende?

—Olvida usted un pequeño detalle, querida; el auto que huyó iba conducido por un hombre. Hubo un testigo, aunque no fue capaz de aportar ningún otro detalle constructivo.

—¿Y cree que resulta difícil para una mujer como ella manejar a un hombre hasta empujarlo al crimen?

—Creo que va demasiado lejos.

No pudo contener un gesto de impaciencia.

—Ella se veía con Edward en secreto. Mi hermana misma me lo confesó pocos días antes de que muriera… Estaba furiosa, pero no quería renunciar a Baron. Era orgullosa, ¿entiende?

—Mire, acepto que eso sea cierto. Incluso aceptaré que el accidente no fuera eso, sino un crimen. Pero ese convencimiento no es suficiente para sostener una acusación de esta gravedad. Hágala en otro lugar, y con alguien que no sea yo, y se verá metida en un

lío. Legalmente, ella es la mujer de Edward Baron, están casados y la ley estará de su parte en un caso come este. ¿Cómo va a desenterrarlo a estas alturas?

—Yo no puedo hacerlo, pero usted sí, Bill… Usted puede hacerlo.

—¡Un momento, querida! ¿Se da cuenta de lo que me propone?

—Lo he pensado mucho.

—No conseguiríamos nada. Hace demasiado tiempo que pasó todo…

—¡Oh, Bill, inténtelo…!

De nuevo la voz causó estragos dentro de mí. Y una vez más mis sentidos amenazaron con desbordar mi capacidad de contención.

—Escuche, Annette…

No me dejó seguir. Sus manos se pesaron en mis brazos. Para hacerlo necesitó acercarse tanto a mí que percibí su aliento en mi cara. Era un crimen someterle a uno a semejante tortura…

—Es la única manera de que pueda vivir en paz, sin la obsesión que representa eso para mí… Por favor, Bill… le pagaré lo que me pida.

—No lo estropee ahora…

—Bien, no le pagaré, pero…

Se acercó un poco más, mientras sus dedos se hundían en mis brazos. Sus uñas casi me hacían daño a través de la manga.

Y de repente, cuando estaba buscando la manera de zafarme de aquella hermosa trampa, la idea estalló en mi cerebro como si fuera una bomba. Quedé rígido y entonces todo encajó, como piezas de un rompecabezas ordenadas correctamente.

Ella advirtió mi rigidez. Me sacudió débilmente los brazos.

—¡Bill…!

—Nena, algo habrá que hacer…

No dijo nada. Solo sus labios se curvaron en un mohín delicioso.

Fue la gota que colmó el vaso. Aplasté el mohín con mis propios labios, desprendí los brazos y la estreché contra mí frenéticamente.

Bueno, fue como si nunca hubiese tenido unos labios de mujer contra los míos, porque nunca hasta entonces había sabido lo que era hundirse en la profundidad de un beso real y sin trabas, sin sombras que lo enturbiasen.

Su cuerpo divino se estremeció entre mis brazos. Dejó de

debatirse y sus manos subieron a enlazarse detrás de mi nuca.

—Bill —jadeó.

—Has ganado, palomita. Acabas de adjudicarte el premio.

—¿Qué?

—Un detective privado para ti sola. No sabes la que te ha caído encima.

Sonrió. Sus labios estaban húmedos y temblaban. No hizo nada por desprenderse del abrazo, de modo que permaneció contra mí, acurrucada sobre mi pecho.

—¿Sabes lo que pensé cuando te vi por primera vez? —dije, con los labios muy cerca de su oído.

—¿Qué, Bill?

—Que tú habías sido hecha para mí… moldeada para mí.

—Egoísta…

—Para mí solo. Ese es el pago por mi trabajo.

Levantó la cara y asintió en silencio. Fue así de sencillo.

—Yo también pensé que eras un hombre interesante, Bill… Demasiado rudo tal vez, pero interesante.

—No sabes cuán rudo puedo ser con una muchacha. Son mi especialidad. Oye, ¿sería tentar la buena suerte besarte otra vez?

—Pero si besar a una chica trae suerte, Bill. ¡Cuántas cosas tienes que aprender todavía…!

Dejé que ella me enseñara.

Realmente, fue una profesora tan eficiente que casi se pasó de rosca. O quizá yo resulté un alumno superdotado, cualquiera sabe.

—¿Vives sola? —le espeté cuando pude recobrar el aliento.

—Por supuesto.

—De modo que puedo volver más tarde sin que nadie se alborote…

—¿Por qué quieres volver más tarde?

—Esa es una pregunta cuya respuesta requiere un largo capítulo de explicaciones y ahora no dispongo de tiempo. ¿Puedo confiar en que me abrirás esa puerta cuando vuelva? Estoy seguro que te traeré noticias.

—¿Solo noticias? —sonrió de aquella manera pícara e inocente a la vez. Una mezcla demoledora.

—Apuesto que vas a resultarme una dama de ideas fijas también.

—¿Cómo también?

—Olvídalo.

La aparté suavemente. Necesité cierto tiempo para volver a recobrar la lucidez, pero cuando lo conseguí decidí largarme para acabar con esta nueva faceta de un mismo asunto. Al pensar en eso me dije que debí haberle exigido mucho más dinero a Melinda

—Te esperaré —aseguró.

—Quizá tarde, pero volveré tan pronto pueda.

Nos detuvimos al lado de la puerta, uno frente al otro.

—¿Te he dicho que te quiero? —susurré.

—No.

—Pues es cierto. No creí que estas cosas sucedieran así, con esa facilidad.

La besé ligeramente como despedida. Cuando estuve fuera me costó convencerme a mí mismo de que aquello era cierto, y no fruto de una pesadilla febril.

Conduje a gran velocidad hacia New Jersey. Iba a acabar con el maldito embrollo que había surgido sin buscarlo, para ofrecer la solución a Annette como obsequio de compromiso.

Claro que para eso, Lou Blackie debería colaborar.

De grado o a la fuerza.

Tampoco esta vez opuso obstáculos a recibirme. Pero su expresión era más bien torva cuando entré en su despacho.

—Es usted más desagradable que un dolor de muelas, Ross —me espetó de entrada.

—¿Ha leído los periódicos, Blackie?

Asintió.

—¿Fue usted quien se cargó a Tucci?

—No empiece con esta historia, Blackie. Como si no supiera quién lo mató.

—¿Cómo voy a saberlo? Cuando usted lo dejó aquí, gimiendo como un imbécil, le dije que se largara porque estaba despedido. No consiento que mis empleados me traigan líos. Ya tengo bastantes sin necesidad de buscarlos.

—Presumo que va a tener muchos más de los que imagina, Blackie. ¿Usted asegura que despidió a Tucci?

—¡Claro que lo aseguro! Es la pura verdad.

—Bueno, ya volveremos a hablar de eso. Cuando Tucci salió de

aquí hizo algunas cosas que debió haber meditado muy bien… La improvisación no resulta cuando se trata de pegar tiros.

—Sí, ya sé…

—¿Lo sabe?

—Oiga, Ross, y métase eso en su dura cabezota. Yo no tuve nada que ver con las andanzas de Tucci fuera del local. Ahora sé que se dedicaba a sus propios «negocios», pero ya es demasiado tarde para hacer nada al respecto…

—Dígame cómo averiguó lo del tiroteo.

—Tucci fue quien me lo contó —fue su desconcertante respuesta.

—Está jugando un juego peligroso, Blackie. Abrevie.

—Tucci compareció muy tarde. Tenía una herida en un hombro. Estaba asustado y no sabía a quién recurrir. Llevaba muchos años trabajando aquí y estaba un poco «desconectado», usted me entiende…

—Adelante.

—Bueno, pensó que yo le ayudaría a salir del apuro. Pero cuando supe que era contra usted que había dirigido sus balas no quise saber nada más. Le conozco, Ross, y mi negocio no soportaría un enfrentamiento entre usted y yo.

—¿Qué hizo Tucci cuando usted se negó a ayudarle?

—Bien, primero se enfureció. Luego empezó a suplicar. Y finalmente, me propuso un trato: Mi ayuda a cambio de una participación en un negocio fantástico. Mil dólares al mes sin que tuviera que preocuparme por nada.

—Ya veo…

—Lo eché a puntapiés, literalmente hablando. Eso me enseñará a elegir a mis hombres, y a controlar lo que hacen fuera de aquí. ¿Está satisfecho, Ross?

—En parte. ¿No le detalló la clase de negocio de que se trataba?

—No, pero no se necesita ser un lince para comprenderlo…

—Sí —dije—; chantaje.

—Seguro.

Eso también encajaba. ¡Y pensar que yo me había conformado solo con cinco mil dólares!

—Antes de largarme de aquí, ¿vio también a un detective privado llamado Holding aquella noche?

—¿Holding? No… ¿Es un amigo suyo?

—Ahora no es más que un cadáver. Pero no fue precisamente un amigo para mí.

—Oiga, está resultando muy peligroso ser enemigo suyo, ¿eh?

—No tanto como serlo de usted, Blackie.

Abrí la puerta. Antes que pudiera salir dijo:

—Tómese un trago abajo, Ross. A cuenta de la casa. Y espero que tarde muchos años en venir a tomarse otro.

Cerré, riéndome. No me sorprendía en absoluto que el tahúr pudiera seguir adelante con su negocio. Era un buen político…

Tomé dos tragos para darme ánimos. Después regresé al coche y emprendí el camino de vuelta a la ciudad con un extraño vacío en el estómago.

Aquello iba a resultar muy desagradable…

Esta vez, la verja estaba cerrada. El jardín que había al otro lado no era más que un mar de sombras.

Detuve el coche y apagué las luces. A mi lado, George Montley, sargento de policía, se removió, nervioso.

—Ross, eso es una insensatez —farfulló—. No debí hacerte caso.

—No me sorprende que no hayas pasado de sargento hasta ahora —le espeté—. Tienes la oportunidad de salir en los periódicos de todo el país, y todo lo que se te ocurre es lamentarte. Vas a dar un baño a toda la Brigada de Homicidios. ¿Qué más quieres?

—Seguir conservando el empleo, solo eso, muchacho.

—¡Oh, deja de lamentarte de una maldita vez! Te repito que no puede fallar. Sé el terreno que piso.

—Un terreno que es como arenas movedizas. No tienes una condenada prueba. ¡Ni una! Te lo repito, Bill; eso es una insensatez.

—Bueno, cuando no existen pruebas se fabrican, y eso es lo que pienso hacer. No quedan testigos porque han sido eliminados en menos de cuarenta y ocho horas. Eran los únicos eslabones que podían unir el pasado con el presente. Todo lo que voy a hacer es inculcar a alguien la idea de que queda el más importante, el que nunca dio la cara. Eso hará que esos crímenes no hayan servido para nada. Desde el punto de vista del criminal, por supuesto.

—Una temeridad.

Suspiré resignadamente.

—Estás a tiempo de volverte, George —dije—. Yo seguiré. Pero

tendrás que regresar a pie.

—¡Con un demonio! Ya que estoy aquí me arriesgaré. ¿Cómo se puede entra en esa fortaleza?

—Debe haber un timbre en alguna parte.

Salté fuera del auto. El timbre estaba dentro de una especie de capillita, en el pilar de la derecha. Lo pulsé repetidamente. Sonó un zumbido a la altura de mi nariz y una voz metálica habló con firmeza:

—¿Quién llama?

—Bill Ross. Dígale a *mistress* Baron que estoy aquí y deseo verla.

—¿A estas horas? *Mistress* Baron está acostada. No puedo molestarla… Son más de las tres de la madrugada…

—¿Cree que no lo sé? Usted avísela. Dígale que se trata de un asunto de suma gravedad. Puede apostar que me recibirá.

—No sé si debo…

—¡Está jugándose el empleo, amigo! —grité—. Es ella quien necesita verme.

—Bueno, lo probaré… ¿Ha dicho Bill Ross?

—Eso he dicho.

—Un minuto.

El pequeño altavoz quedó mudo. Desde el coche, el sargento refunfuñó:

—No te recibirá a estas horas, Bill. ¿Crees que eres tan importante?

—Estoy dispuesto a aceptar una apuesta, sargento. Me recibirá, y lo hará como si fuera una escena de una película muda, vestida con un salto de cama azul y transparente y sin nada más debajo. Y estará encantada de verme… Es una dama muy particular…

—De eso no me cabe duda. Me gustaría saber cómo demonios te las arreglas para tropezar con toda clase de damas… y todas «particulares».

Hubo un leve zumbido y presté atención. La misma voz dijo:

—*Mistress* Baron le ruega que entre, míster Ross. Un mecanismo eléctrico abrirá la verja. Yo estaré aguardándole en la puerta…

—Gracias.

Regresé al coche. Apenas me había instalado ante el volante cuando la verja se abrió en silencio. Lancé el «Facel-Vega» por la abertura, frené y volví la cabeza, solo para asegurarme de que la

reja volvía a cerrarse. Entonces dije:

—Pararé el coche antes de llegar a la vista de la casa y tú te apearás. ¿Conforme? No quiero que te vea el sirviente ni nadie hasta que sea el momento.

—¿Y cómo piensas que entraré en la casa?

—No estará cerrada. Yo me encargaré de eso.

—Bien, en caso de que tengas razón en todo lo demás, es tu pellejo el que estará en juego, de modo que si fallas y no puedo penetrar a tiempo será tu funeral.

—Deja de vaticinar desastres, compadre.

Conduje aprisa, pero me detuve junto a la barrera de robles para que él saltara al suelo. Lo dejé allí y recorrí el resto del corto trayecto.

La puerta estaba abierta y había un hombre enmarcado en ella. Había rebasado los sesenta años y su apariencia era inconfundible.

—La señora está esperándole, míster Ross —dijo, con aquella entonación impersonal de todos los mayordomos.

Entré y él cerró la puerta. Recorrimos la mitad del gran vestíbulo antes que yo dijera:

—¡Un momento! He olvidado algo en el coche… Es un segundo.

Me apresuré hacia la salida. Cuando volví a entrar él apenas si se había movido, indeciso. Cerré la puerta, procurando que el cierre no entrara en su engarce. Todo salió a la perfección.

Bien, el salto de cama no era azul, sino rosado, pero en todo lo demás tuve razón. Era un espectáculo no apto para cardíacos.

—Estoy tan sorprendida, Bill, que no sé qué decirte. ¿Sabes que son más de las tres de la madrugada?

—Seguro que lo sé.

Avancé hacia ella. Tendió los brazos con la intención inequívoca de echármelos al cuello y me detuve en seco.

—Un momento, preciosa. Esta es una visita de negocios.

—¿Qué negocios ni qué…? A las tres de la mañana no se saca a una mujer de su cama para hablar de negocios…

—Eres insaciable, ¿no es verdad?

—Cuando se trata de ti, sí.

—¿Dónde está él?

—¿Edward?

—Sí.

—En sus habitaciones. Ocupa toda un ala de la casa, separada de aquí por media milla de pasillos. ¿Tienes miedo?

—Tengo sentido común. Llámalo.

—¿Qué dices?

—Dile que venga aquí… Y díselo antes que pierda el control. ¿No tienes nada un poco más espeso para ponerte encima?

Sus ojos chispearon cargados de malicia.

—Estás nervioso, Bill, querido…

—Algo hay de eso.

—¿No resulto atractiva con esta negligé?

—Eres sensacional, con negligé o sin ella, pero ahora llama a Edward Baron, ¿quieres?

Por primera vez se dio cuenta que mi visita encerraba un propósito definido y muy distinto del que ella imaginaba.

—Bill —susurró—, ¿qué ocurre?

—Lo verás tan pronto él esté aquí.

—Empiezas a preocuparme, amor…

—Sí, ya sé qué te preocupa a ti.

Ella pulsó un timbre. Imaginé que el mayordomo con cara de sueño y pijama oculto bajo una bata daría un salto al ver el espectáculo, pero ni siquiera se inmutó cuando asomó la cabeza por la puerta. O era de piedra o estaba harto de ver a su ama con aquella clase de mosquitera. O quizá sin siquiera eso, cualquiera sabe.

Ella dijo con voz fría:

—Dile a míster Baron que venga, Roger. Es urgente.

El hombre murmuró algo y desapareció. La recorrí con la mirada una vez más. Era todo un espectáculo.

—¿No vas a ponerte nada más encima, Melinda?

—¿Por qué? Me gusta ver la expresión de tus ojos cuando me miras.

—Deberías preocuparte por la expresión de los de él, cuando vea que te miro así precisamente.

—¡Oh, al diablo! Ya no hay nada entre él y yo.

—Excepto dos mil dólares al mes…

—Eso es otro asunto. Bill, no te comprendo. ¿Qué ocurre?

Se acercó más a mí. Pensé que íbamos a empezar otra vez los escarceos, cosa que resultaría condenadamente desagradable si

Edward Baron nos sorprendía. Pero se detuvo a dos pasos de mí. Dije:

—Lo sabrás cuando tu marido esté aquí. Eso es algo para discutir los tres juntos.

—Me asustas, querido.

No repliqué, no valía la pena. De nuevo pensé que debía haberle pedido un cheque mucho más abultado, pero eso estaba liquidado, de modo que las ventajas quedaban de su parte.

Cuando el financiero entró en la coquetona salita se quedó de una pieza. Parpadeó, rígido, y recorrió con la mirada la tenue envoltura que trataba de velar el cuerpo de Melinda. Luego esbozó una mueca que no fue precisamente una sonrisa.

—Celebro que hagas los honores a nuestros visitantes, querida… Especialmente los visitantes de confianza, por lo que veo.

—No fastidies, Eddy —le espetó ella—. Bill quiere hablar con nosotros.

—¿Bill?

—Usted y yo ya nos conocemos, míster Baron. No es preciso que nadie nos presente.

—Lo que ignoraba es que conociera «tan bien» a mi esposa.

—Si cree que he venido aquí para sostener un diálogo de agudezas respecto a eso está equivocado. Todo lo que quiero es hablar de crímenes.

Melinda dio un respingo. Su condenada nube rosa se deslizó por su hombro derecho hacia abajo. Era lo único que faltaba.

—¡Bill! —susurró.

Baron se acercó entonces.

—¿Qué ha dicho? —bufó, furioso.

—Crímenes —repliqué—; sangre y violencia. ¿Es tan difícil de comprender?

—Está loco…

—Seguro que estoy loco. Por eso he venido a las tres de la madrugada para contarles esta historia.

Baron se desplazó hacia la librería que ocupaba toda una pared lateral. Abrió un mueble bar empotrado y sacó una botella y un vaso. Solo uno. Cuando lo tuvo mediado de licor puro se volvió, bebiendo a pequeños sorbos.

—Adelante, Ross —dijo—. Me interesa su historia.

Ella protestó:

—¡Bill, no tienes derecho…!

—¡Cállate!

Fue un verdadero ladrido lo que brotó del pecho del magnate. Melinda le miró, asustada, y luego volvió a mirarme a mí.

—No comprendo… —susurró—. ¿Qué pasa, Bill?

—Es algo que empezó hace mucho tiempo… Alguien necesitaba cometer un crimen, pero debía ser hecho de modo que pareciera un accidente. Por supuesto, la gente de la buena sociedad no hace estas cosas personalmente. ¡Oh, no! Eso no sería de buen tono. Pero el crimen debía cometerse para quitar a una mujer de en medio. Un tipo como yo, con extensas «relaciones» en los ambientes adecuados, podría encontrar un asesino profesional sin ninguna dificultad…

—¡Ya basta, Bill! No sé qué te propones, pero…

—Melinda, no has oído nada todavía. Hazme el favor de mantener cerrada tu boquita. ¿Comprendido?

El furor inundó de rojo sus mejillas. Yo ya no era su amorcito entonces.

Proseguí con mi historia:

—Yo podría encontrar el individuo adecuado, pero no quien no está «relacionado», de modo que todo lo que se le ocurrió fue buscar a alguien dispuesto a realizar el trabajo. Creyó haberlo encontrado en Tucci, un matón salvaje y sin seso, empleado como guardaespaldas por Lou Blackie… Le dio instrucciones, Tucci robó un coche y Ellen Baron murió aplastada. Un accidente más y un estorbo menos.

—¡Bill!

Melinda retrocedió como si acabara de recibir un golpe. Baron apuró el vaso y se sirvió otra dosis.

Yo añadí:

—Fue así de sencillo. Pero Tucci vio la oportunidad de su vida. No necesitaba mucho seso para verla, desde luego. Se lio con una chica llamada Sally, que fue la encargada de la «recaudación». Iban a medias. Las cuentas bancarias de los dos acusan los ingresos semanales. No son cantidades grandes, sino más bien modestas. Una buena táctica, porque era una renta vitalicia. Esas eran sus citas en el parador, Baron.

No dijo nada. Siguió bebiendo. Melinda giró poco a poco hacia él, estupefacta.

—¡Eddy, tú! —jadeó.

—Déjalo que hable, nena —gruñó el magnate del acero.

—No falta mucho —reconocí—. Usted pagó sin chistar porque no tenía otra solución, y porque las cantidades no hacían mella en su fortuna. Y creo que la cosa hubiera seguido prolongándose indefinidamente, si usted no fuera un individuo tan voluble en cuestión de mujeres. Mandó asesinar a Ellen cuando se volvió loco por Melinda. Y ahora quería divorciarse de esta porque se había cansado de ella… Bueno, necesitaba pruebas y metió a Holding en el lío, para que desenterrara toda la basura que fuera posible sobre Melinda. Holding era un bastardo, sinuoso como una serpiente. Empezó el trabajo, pero extendiendo su radio de acción a usted. Así descubrió lo mismo que yo, ¿no es cierto?

—Usted lo dice todo, Ross; siga diciéndolo.

—Bien, lo haré porque conocía bien a Holding. No era un tipo como para dejar escapar esa oportunidad, de modo que esperó a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos para dar su primer zarpazo. Debió ser un bocado muy fuerte cuando usted se decidió a terminar con todo el asunto, matando a los tres: Sally, Tucci y Holding…

Melinda dejó escapar un gemido y retrocedió, asustada.

—¡Tú, Eddy! —jadeó.

—Tu marido lo hizo, nena. Con Sally trató de darle apariencia de crimen sádico y brutal para despistar a la policía. Tucci se puso prácticamente en sus manos porque estaba herido y necesitaba efectivo, en plena noche, para escapar y curarse el balazo que yo había incrustado en su cuerpo… En cuanto a Holding, Baron, ¿cómo lo hizo?

—¿No lo sabe usted?

—No, pero imagino que lo mató dentro de un coche. Lo encontraron tirado en la cuneta, en las afueras…

—Y ahora que ya lo ha dicho todo. ¿Qué piensa hacer?

—Todavía me queda algo…

—No hay nada más. El asunto está muerto, enterrado definitivamente. Está loco si piensa acusarme con esta sarta de tonterías. Hay una cosa que se llama prueba. ¿Lo sabía?

—Tengo a Lou Blackie.

—¿Qué?

Sonreí como un lobo.

—Ha sido usted un imbécil, Baron, al creer que Tucci era capaz de llevar adelante este asunto por sí solo. Trabajaba para Blackie, ¿sabe?

—Blackie no se metió nunca en este asunto.

—Claro que no. Él permanecía en la sombra. Pero las pruebas están en su poder.

—Ya veo.

De nuevo agarró la botella y escanció whisky hasta medio vaso. Luego abrió un cajón como si buscara cigarrillos. Melinda gritó:

—¡Cuidado, Bill, hay un revólver en ese cajón!

Era cierto. Quedó apuntado a mi barriga y puedo afirmar que su mano no temblaba en absoluto. Era un revólver del «32», y su ojo negro era tan desagradable como si perteneciera a un «45».

—No haga más locuras, Baron. Está perdido y usted lo sabe. No saldrá de este lío, si no es camino de la silla eléctrica.

—En todo caso, usted no vivirá para verlo… Sé que miente en lo de Blackie, Ross. Las pruebas estaban en poder de Tucci y le exigí que me las devolviera para ayudarlo. Cayó en la trampa. Yo destruí esas malditas pruebas. Pero en todo lo demás está en lo cierto, y aunque no posee ninguna evidencia legal, puede hacerme mucho daño si pregona toda esa historia. Mucho daño… —repitió con voz sorda.

—¿Piensa matarla también a ella?

Se encogió de hombros.

—Un crimen pasional… Usted la habrá matado, según la policía…

—Desvaría.

—Eso me ahorrará dos mil dólares al mes, querida —gruñó con salvaje sarcasmo.

Ella recobró el habla:

—¡No, Eddy! No puedes hacer eso… ¡No puedes disparar contra mí…! ¡Por piedad, Eddy…!

—Primero el fisgón —dijo.

Entonces el sargento decidió intervenir. Desde la puerta advirtió:

—Estoy apuntándole, Baron. Suelte el revólver…

¡Con un demonio lo soltó! Dio la vuelta como un rayo y disparó al mismo tiempo. Saqué mi «38» tan rápidamente como pude, pero el sargento ya apretaba el gatillo de su cañón de reglamento. Los dos estampidos se fundieron en uno solo que retumbó igual que un cañonazo dentro del salón.

Baron dio un trágico salto atrás y se desplomó, gimiendo. George estuvo a su lado en dos zancadas y recogió el «32» del suelo. Yo dije con voz ronca:

—Fíjate en el calibre de ese revólver, sargento… Seguro que se trata del que mató a Tucci y a Holding…

—Sí, fueron balas del «32» las que los dejaron secos…

Baron seguía quejándose débilmente.

—No morirá —gruñó George—. Pero estará quieto una temporada, hasta que lo lleven a la silla caliente. ¿Dónde hay un teléfono?

Melinda, aturdida, pálida y temblando, le señaló el rincón donde estaba el aparato. Después se encaró conmigo.

—Ha sido horrible, Bill…

—Sí.

—No me dejes sola ahora, por favor.

—Un momento… Sigues casada con él. Cuando quedes viuda ya no deberás preocuparte por tu pensión de alimentos y demás…

—¿Cómo puedes decir estas cosas?

—Es la verdad desnuda. Y ahora debo irme. Alguien está esperando noticias esta noche.

—¡Por favor, querido…!

Sacudí la cabeza de un lado a otro. A veces es necesario demostrarles a las mujeres que no le impresionan a uno, que no las desea ni necesita para nada… Si hay otra mucho más hermosa esperándole, por supuesto.

—Mira, el sargento es un tipo solitario. ¿Por qué no lo remedias?

Sus ojos llamearon. Me había pasado de rosca.

—¡Lárgate, bastardo! —chilló—. ¡Fuera de aquí…!

Se derrumbó sobre una butaca presa de un ataque de histerismo. Bien, de alguna manera debía estallar la carga emocional que había acumulado aquellos últimos minutos.

La dejé que llorase. George colgó el teléfono. Estaba satisfecho.

—Tenías razón, Bill. Esto me hará famoso. ¡Imagínate! Baron, el

todopoderoso, un asesino múltiple. Oye, ¿por qué no te largas antes que lleguen los muchachos de la Prensa?

—Eso pensaba hacer —reí—, pero no solo para dejarte los laureles…

Y era cierto. Quería irme y me fui, pero solo porque Annette estaba esperándome, y eran las cuatro de la madrugada y ella estaba sola, y nos amábamos y la noche estaba hecha para los dos…

Realmente, fue nuestra noche.

Únicamente nuestra.

FIN